



**UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS**  
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA

**Tesis final**

**Comunicación Social para la Paz, énfasis en Periodismo**

# **Crónicas de partos y otros dolores**

Escrito por

**Tomasz Basiński**

bajo la dirección de

**Álvaro Lizarralde**

**Bogotá, junio de 2015**

## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO.....</b>	<b>3</b>
<b>El viaje .....</b>	<b>5</b>
<b>‘Ellos’ .....</b>	<b>20</b>
<b>Rosa .....</b>	<b>21</b>
<b>Jazmín .....</b>	<b>37</b>
<b>Flor .....</b>	<b>50</b>
<b>Iris .....</b>	<b>60</b>
<b>EPÍLOGO.....</b>	<b>74</b>

**Por razones de seguridad** todos los **nombres** utilizados en el texto **han sido cambiados.**

## PRÓLOGO

En agosto de 1978 me entregaron el cuerpo sin vida de mi hija Laura, de 23 años, quien tenía un embarazo de dos meses cuando la secuestró la dictadura argentina. Por testimonios de sobrevivientes, pude saber que en junio de ese año había dado a luz a un niño al que llamó Guido.

Cuando me enteré que Laura había sido madre, mi consuegra me dijo que no buscara sola, que había otras abuelas. La primera vez que fui a la Plaza de Mayo con ellas, yo temblaba como una hoja. Había tantos militares, tantos caballos, tantos fusiles. Pero estas abuelas seguían caminando y me decían: “No te va a pasar nada, seguí, no tengas miedo, estamos juntas”. Y apretarse y darse las manos, como hermanas, es algo que conservamos hasta hoy.

Todas habíamos recorrido un camino similar. Habíamos visitado orfanatos, juzgados, ministerios, iglesias, y en todas partes nos habían respondido con el silencio o la indiferencia. Al principio nos reuníamos de incógnito porque la dictadura continuaba con una feroz persecución a cualquier disidencia.

Nos organizamos, empezamos a viajar por el mundo para dar a conocer lo que estaba ocurriendo en la Argentina y recibimos el apoyo y la solidaridad de gobiernos, instituciones y personalidades, y a la par fuimos obteniendo nuestros primeros logros.

En nuestro caso, la mayor reparación siempre fue encontrar a los nietos que nos robaron como botín de guerra cuando eran bebés o que nacieron en los centros clandestinos de detención de la dictadura. Hemos encontrado a más de 100, pero todavía faltan muchos. Actualmente son hombres y mujeres, adultos, y quizás ya tienen hijos, que son nuestros bisnietos,

Memoria, Verdad y Justicia es nuestra consigna histórica. Con 38 años de lucha a mi espaldas, y aún conmovida por el encuentro hace un año de mi nieto Guido, me resta decir que vale la pena luchar por lo que uno considera que es justo y hacerlo con amor, sin odio, sin venganza, pero con firmeza, asumiendo con inteligencia los desafíos que se presentan e ir resolviéndolos colectivamente.

Hay muchísimo trabajo por hacer en materia de derechos humanos en cada una de nuestras comunidades. En Colombia, bien lo saben las mujeres a quienes les han asesinado a sus hijos, a sus hermanos, a sus maridos, o peor, que los han desaparecido. La lucha de todas ellas también es la nuestra, y es una lucha política, por más derechos, por más justicia, por más democracia.

A todas ellas, nuestras hermanas latinoamericanas, esta abuela, desde el sur del mundo, les dice que sigan caminando, que no decaigan, que sigan sumando voluntades. Y especialmente que tengan visibilidad, que se sepa que existen, y que abran los ojos y los oídos a los que, por una razón u otra, no han alcanzado a dimensionar las consecuencias humanas que pueden tener los crímenes de Estado.

Todas las mujeres que transitan las páginas de este libro se han plantado contra el olvido y han entendido, con el corazón, que donde hay olvido la historia se repite.

Estela Barnes de Carlotto

## El viaje

Emprendí el viaje a Buenaventura creyendo que la gente del Pacífico colombiano y, sobre todo, las mujeres que lo habitan, merecen ser escuchadas, y, desde luego, darse a conocer, con sus historias de lugares y personas invisibilizadas, incomprendidas... calladas.

Durante el viaje, observaba paisajes, situaciones y realidades, y trataba de memorizar esos detalles que, a su vez, parecían ser muy impactantes para mí. A pesar de que ya había visto situaciones semejantes en algunas partes de Colombia, me llamaban la atención: centenares de tractomulas de muchos colores saliendo del puerto hacia el interior del país; en sus *containers*, me imaginaba, va toda la mercancía extranjera posible que inunda las tiendas del país. La carretera Cali- Buenaventura con sus casitas pobres, humildes y los niños jugando al lado de la carretera; jóvenes que invadían los buses con esperanza de vender un poco de mamoncillo y piña tajada.

Entre dormido y despierto, en un momento me di cuenta de que pasaba bajo un arco con un gran letrero: "*Buenaventura: puerta grande del Pacífico*". Habían pasado ya catorce horas desde que salí de Bogotá y había llegado al que se convirtió no solo en mi destino de este viaje, sino en el escenario de estas historias que aquí presento.

¡Llegué!

Una vez encontrada la casa donde me alojaría, me puse a revisar los contactos y a llamar a cada uno. Hacía mucho calor y sudaba bastante. No se alejaban de mí las palabras de alguien, quien días atrás me había dicho: "*¡Buenaventura es caliente! ¡En todo sentido!*"

Una de las primeras personas con las que me encontré fue el profesor Roberto Lozano Batalla, conocido como el historiador del Pacífico. Me contó la historia de Buenaventura como, tal vez, pocos lo sepan hacer.

*"El Puerto del Pacífico, llamado hoy Buenaventura, fue descubierto por el licenciado Pascual Andagoya, a mediados del año 1540. Navegando en búsqueda de un lugar tranquilo para vivir, don Pascual arribó el 14 de julio de*

*1540 a la bahía de la Isla de Cascajal que llamó “de la Buenaventura”, por lo tranquilo de las aguas y lo abrigado del recodo.*

*También se llama Buenaventura porque fue fundado el día de la fiesta del santo de este nombre.*

*Estos terrenos eran habitados por los indígenas Buscajaes (quienes dieron el nombre a la Isla de Cascajal). Ellos recibieron a los conquistadores con cordialidad y hospitalidad y les compartían de lo que ellos tenían: pescados, coco, miel de abejas y plátanos, lo cual demuestra que la bondad de la gente y la riqueza natural de Buenaventura eran características importantes de este lugar, desde sus inicios.”*

Salí a ver la ciudad. Y pronto me di cuenta de que, en efecto, es una ciudad abandonada, sufrida, pero tiene algo especial, algo mágico que aún no sabía definir en mi pensamiento y menos aún con las palabras.

Toda la tarde estuve caminando por el muelle y por el centro, observando a la gente y las situaciones. En la noche volví a la casa y, acostado ya, seguí leyendo un poco más sobre Buenaventura, el principal puerto colombiano en el Océano Pacífico.

Oficialmente conocido como el Distrito Especial, Industrial, Portuario, Biodiverso y Ecoturístico de Buenaventura, está ubicado en el departamento del Valle del Cauca, a 115 kilómetros de Santiago de Cali. El municipio limita al norte con el departamento del Chocó; al sur con el departamento del Cauca; al oriente con los municipios de Calima, el Darién, Dagua, Jamundí, y al occidente con el Océano Pacífico, más específicamente con la Bahía de Buenaventura y la de Málaga. Este municipio posee la zona rural más extensa del departamento del Valle del Cauca, constituyéndose en una región con gran riqueza ambiental, con los ríos Calima, San Juan, Dagua, Raposo, Anchicayá, Cajambre, Mallorquín, Naya y Yurumanguí. Grandes territorios del municipio están cubiertos de selva rica en minerales: madera, oro, platino y carbón.

La ciudad como tal consta de dos partes: la isla Cascajal, donde se concentra la mayoría de actividades económicas, y el territorio continental. Por toda la

ciudad corre la vía principal, la Avenida Simón Bolívar, de aproximadamente 13 kilómetros, y la misma es la que comunica la ciudad con el interior del país.

Además de la actividad portuaria, Buenaventura cuenta con las empresas madereras privadas y la comercialización de este producto proviene de la explotación en el área del litoral desde Juradó hasta Tumaco. Debido a la explotación de madera, las áreas selváticas tropicales - grandes y ricas en biodiversidad - cada vez están disminuyendo, generando a la vez una mayor pobreza de los pobladores.

La actividad pesquera es, como sería de esperar, un eje comercial muy importante en Buenaventura. No obstante, de este se benefician principalmente las grandes empresas y no los humildes pescadores. La pesca artesanal, que por muchos años ha sido un motor muy importante en el sostenimiento de la economía familiar de Buenaventura, disminuye de modo constante, lo que provoca un incremento de la pobreza en el lugar. Y este es uno de los principales problemas del municipio, como me lo explicó Manuel Bedoya, presidente de la Asociación Nacional de Pescadores Artesanales, líder incansable y lleno de esperanza en que su lucha por lo social en Buenaventura sí tiene sentido.

*“Aquí tenemos un problema. Como no hay una política pesquera, y lo que más genera empleo aquí es la pesca, entonces los altos costos de combustible y altos costos de artículos de pesca tienen a todo el mundo en quiebra. El pescador ya no puede salir a pescar: si viene con pescado, no se lo compran, porque, por los TLC, la importación del pescado ha aumentado.”*

Desde el día en que nos conocimos, hasta la última vez que visité la ciudad, él fue mi guía. Junto a él recorrí una y otra vez los barrios palafitos de Buenaventura; estos barrios que hoy son el foco de la violencia. Algunas veces pude sentarme en el histórico y muy tradicional lugar llamado “El Mentidero”, donde se reúnen varias personas a tratar asuntos. Mercaderes y campesinos; abogados y médicos; pescadores y empresarios: todos a chismear y discutir algún negocio. Esto era fundamental para poder conocer a las personas, sus problemáticas y modos de relacionarse. Luego, otro día, junto a Manuel, fui a

conocer el Terminal Pesquero de la Playita. Y allí sentí mucha tristeza. Este sitio fue planeado como lugar donde se pudieran concentrar todos los servicios que requiere el pescador artesanal para realizar el ejercicio de pesca a pequeña escala. Con este terminal se pretendía resolver la problemática de las mujeres vendedoras ambulantes de pescado, conocidas en Buenaventura como “platoneras”. Pero la caída y la eliminación sistemática de las pequeñas empresas pesqueras del lugar provocaron que el número de las vendedoras de la Playita disminuyera en pocos años de más de cien a prácticamente quince. Quince mujeres: algunas limpiando el pescado; otras, vendiéndolo, y otras, simplemente, sentadas allí, hablando entre ellas, han sido para mí el símbolo del llamado “progreso” de Buenaventura. “*Sí a la industria, no al pueblo*”, pensé. ¡Qué triste!

Al conocer la temática pesquera y los siempre crecientes índices de violencia en la ciudad, quise conocer el lugar que, creo, es uno de los más grandes responsables de la pobreza de Buenaventura: el Puerto. Para cumplir mi deseo, una de las mañanas encontré a un pescador que me ayudó con su lancha y desde el mar pude ver cómo los enormes buques arriban al muelle con las mercancías traídas de Estados Unidos y de muchos otros países. Pude ver cómo la riqueza entra y sale por el mar dejando al mismo tiempo una notoria pobreza en este rincón del planeta. Esa misma tarde pude conocer desde dentro esta gran empresa. Me impactó cuán moderna es y me llamó la atención que las grandes grúas portuarias, destinadas a cargar y descargar los buques, provienen de China, igual que muchos de los barcos que allí se asoman. También, la cantidad de empleados del Puerto, que son entre tres y cuatro mil personas. Muchos de ellos no ganan siquiera un sueldo mínimo. Los voceros de la Sociedad Portuaria, entidad que dirige esta empresa, me confirmaron lo que había leído antes: que por esta ciudad circula un poco más del 60% del comercio externo de Colombia que se incrementa cada vez más por la Alianza del Pacífico, el bloque comercial conformado por Chile, México, Perú y Colombia. Por esta razón, la economía gira en torno a la actividad portuaria donde se concentra el comercio internacional de importación y exportación. Actualmente, el Puerto de Buenaventura consta de 12 muelles. El

sector privado tiene una participación del 83%, y el sector público, a través de la Alcaldía municipal y el Ministerio de Transporte, el 17% restante.

El tiempo pasaba y, con cada día vivido allí, Buenaventura me parecía más increíble: fea y hermosa a la vez; compleja y con la necesidad de descomplejizarse; sufrida y con ciertas luces de esperanza que sería necesario descubrir un poco más.

Por un lado, los recursos naturales y bonitos paisajes fuera del casco urbano, sobre todo en La Bocana, Juanchaco y Ladrilleros, favorecen el turismo y aumentan los ingresos económicos en el lugar; pero, por el otro lado, estos mismos recursos naturales son uno de los motivos por los cuales se está produciendo la violencia y el desalojo de las personas. Y las que más sienten estas desdichas son ellas, las mujeres de Buenaventura. Son ellas, las madres, hermanas, tías y esposas de los desaparecidos, quienes se quedan en el lugar, en medio de los fantasmas, tratando de sobrevivir lo mejor posible y sacar adelante a la familia que les queda.

A lo largo de mis estancias en Buenaventura, pude conocer, en algún grado, a sus habitantes. Aproximadamente, el 88,5% de la población de Buenaventura son los afrocolombianos; blancos y mestizos cuentan con un 10,6% y los indígenas, con 0,9%. Siendo la población afro mayoritaria, la cultura en esta región es, en gran parte, regida por lo afro. Es una región llena de tradiciones, que no son otra cosa que un conjunto de bienes culturales que un pueblo, una nación o región transmite a sus miembros por generaciones. Dentro de la población afro, en la Costa Pacífica las tradiciones han sido ligadas al folklore de este pueblo y muchas provienen de sus ancestros africanos, que a lo largo del tiempo se han ido mezclando con las tradiciones indígenas y mestizas, de tal manera que, dentro de la cultura de estas regiones, se puede apreciar la música, los rituales religiosos, la cocina con los típicos sabores del Pacífico que solamente las mujeres de esta región saben preparar, y la literatura. De hecho, para muchos es conocida la Fiesta de San Pacho o Festival Petronio Álvarez. Para las comunidades negras las tradiciones son un eje importante de unión,

recreación y autorreconocimiento y, más aún, cobran su importancia en el ambiente del conflicto y violencia que se vive en los territorios.

En cuanto a la espiritualidad del pueblo bonaventureño, aunque es variada, en su mayoría también es afro: en sus principios, respetuosa del derecho a la vida, de los sentimientos de las personas, de la solidaridad y de la hospitalidad, y se expresa por medio de la tradición oral, la música, la estética, la ritualidad, los gestos y alegría que empapan las relaciones de convivencia.

Mientras más me adentraba en aquella realidad, o, más bien, en aquellas realidades, más seguro estaba de que ese era un lugar apropiado para buscar las historias que quería escribir.

Todos los días escuchaba relatos llenos de dolor, que parecían cuentos inventados por alguien con mucha imaginación; historias de guerra que no eran fantasía, sino reales. Muy reales. Y yo, cada día, tratando de entender el porqué de tanta violencia hoy en Buenaventura; cómo es posible que sean las mujeres las que cargan el mayor peso de la guerra. Y, aunque para muchos, el Pacífico significa las lejanas tierras que con el interior del país no tienen nada en común- un país aparte-, me daba cuenta de que el conflicto que vive el país desde hace seis décadas también ha tenido sus fuertes ecos y frutos en Buenaventura.

A lo largo del desarrollo del conflicto armado en Colombia, se iba viendo cada vez mayor marginalidad del pueblo de Buenaventura, reflejada también en el escenario político-administrativo y, por supuesto, social. En todos los ámbitos, la corrupción ha jugado un papel importante en la vulneración de derechos de la población.

Como en el resto del país, también en Buenaventura la violencia empezó el 9 de abril de 1948, día en que fue asesinado el líder del partido liberal Jorge Eliecer Gaitán. Ese día, la violencia en Colombia cobró nuevas fuerzas y El Bogotazo quedó resonando con fuertes ecos también en el Pacífico. La lucha política e ideológica entre los partidos liberal y conservador tuvo serias consecuencias en el municipio de Buenaventura, el cual era un pueblo mayoritariamente liberal. Esto iba generando choques entre los habitantes de la

ciudad. Además, se veía la creciente desigualdad económica del pueblo bonaventureño generada por algunos actores del sector empresarial. El trabajo de los empleados de algunas empresas no era remunerado; se vivía, en cierto modo, de la nueva esclavitud. Entre las empresas que se caracterizaban por estas prácticas estaban, sobre todo, las madereras.

En la medida en que el pueblo reflexionaba sobre su condición, iban surgiendo los líderes y organizaciones activistas de los derechos de los trabajadores. También en la zona rural nacieron organizaciones en defensa de los ríos frente al tema maderero, pesquero y minero. Poco a poco, a la lucha del pueblo se juntó la guerrilla que apoyó a organizaciones comunitarias para presentar las demandas contra el Estado y las empresas presentes en el territorio. Dado que no existía un acercamiento ideológico con las Farc, varios líderes rechazaron su apoyo y, así, la insurgencia nació inicialmente en las veredas del río Anchicayá y en el río Raposo. Allí la guerrilla dejó a un lado sus intenciones de luchar por el pueblo y, viendo la posibilidad de sustentar su economía de guerra, empezó a poner condiciones frente a la economía extractiva. A partir de entonces, las empresas podían seguir con su actividad comercial, siempre y cuando pagaran cierto porcentaje al grupo guerrillero.

Así, lo que fortaleció el conflicto armado en Buenaventura fue cada vez más la grave situación social de la población bonaventureña, la naciente comercialización ilegal de la coca en el departamento y el interés de la guerrilla en respaldar su lucha mediante economías extractivas. La situación en la región parecía ser cada vez más y más complicada.

A partir de 1998, la guerrilla inició el proceso de expansión en Buenaventura con el propósito de consolidar corredores estratégicos. Para la primera década del siglo XXI, las acciones de los grupos involucrados en el narcotráfico se concentraron en la vía que conecta a Cali con Buenaventura.

Luego, después de que, en el año 2000, el Grupo Industrial del Valle hizo alianza con Carlos Castaño, aparecieron los grupos paramilitares. Así se conformó el Bloque Pacífico llamado inicialmente como Bloque Calima, con el

propósito de tener control territorial y asegurar zonas para proyectos industriales.

Los enfrentamientos en el departamento entre los actores armados se hicieron cada vez más intensos, pero el conflicto se consolidó cuando se privatizó el Puerto de Buenaventura, quitando de esta manera fuentes de trabajo y sustento diario de los pobladores. Como en otras regiones del país azotadas por el constante cruce de fuego, la que más sufría era la población civil. Las amenazas por parte del grupo paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia eran cada vez más constantes y así también aumentó el desplazamiento de los habitantes de las zonas rurales hacia las ciudades, y de las zonas urbanas del Valle hacia el interior del país.

Un día, hablando con el padre John Reina, sacerdote católico director de la Pastoral Social en Buenaventura, me dijo: *“El problema de Buenaventura de hoy es un problema estructural. Es innegable el abandono que el Estado ha tenido con este lugar, con esta región. Buenaventura es mirada desde afuera como un puerto, mas no se mira como un lugar donde se puede vivir.”*

Es verdad que el Gobierno Nacional apoya la inversión tanto nacional como extranjera en Buenaventura; pero también lo es que la gran mayoría de sus habitantes no saca provecho alguno de estas inversiones. El puerto de Buenaventura mueve más del 60% de las exportaciones de Colombia, que representan dos mil millones de dólares al año. El 66,5% de sus habitantes vive en la pobreza y las tasas de desempleo, que son las más altas del país, llegaron en los últimos años al 64% de población en estado de desocupación y 35% de subempleo. Es decir, aunque parece mentira, los índices de desempleo equivalen a los de las exportaciones.

Según la Unidad de Víctimas, más de 6200 residentes de Buenaventura, desplazados entre enero y octubre de 2013, indicaron que fueron obligados a dejar sus viviendas por grupos sucesores de paramilitares, entre ellos 'los Urabeños' y 'la Empresa', que hoy en día actúan sobre todo en el casco urbano de Buenaventura, y otras bandas criminales. Estos grupos controlan la movilidad de los habitantes dentro de los barrios. Además, cometen actos

criminales bastante violentos y visibles con el objetivo de causar miedo, temor en los habitantes.

Mientras más tiempo ha pasado, más violentos parecen ser los días, semanas, meses. Entre los actos criminales, uno de los más sonados ha sido el secuestro y posterior descuartizamiento de las personas residentes de Buenaventura, sobre todo de los barrios palafitos de esta ciudad. Hay muchos barrios tanto en la Isla Cascajal, como en la parte continental de Buenaventura, donde es peligroso caminar. Entre ellos se encuentran el Lleras, Arena, San José o Sanyu, Piedras Cantas, La Playita y Viento Libre. En ellos se concentra la violencia y erradicarla parece bastante complicado. *“Mirá, – me dijo un día una de las habitantes de un barrio, es que es tan fácil matar... ‘Ellos’ los llevan a la casa. No son solo los hombres a quienes llevan. También mujeres, parejas; incluso los niños. Se van y no saben qué les pasará. Los gritos se escuchan unos minutos. Y luego ya solo silencio. Y las chuspas con los pedazos de ellos los sacan por atrás de las casas. Y las tiran en esteros. Todos saben dónde... todos.”*

Entre tanto, en el interior del país, alguien, escuchando el noticiero de las siete de la noche, viendo una noticia sobre las casas de pique, dice: “¡Pobrecitos!”.

Y cambia el canal, porque es incómodo ver que “estas cosas” suceden en nuestra patria.

Pero hay personas que hablan, que denuncian. Y no solamente los pobladores que encuentran el coraje y vencen el miedo hablan de la violencia generada por varios actores armados. También organizaciones internacionales, como Human Rights Watch, la cual, en su informe de marzo de 2014, dice que la población de Buenaventura ha sufrido históricamente abusos perpetrados por las guerrillas, los paramilitares y los llamados grupos sucesores de estos. *“Un exjefe de la coalición paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia habría indicado a la Fiscalía que sus miembros asesinaron a más de mil personas en Buenaventura tan sólo durante 2000 y 2001. Las Farc — que operan actualmente en zonas rurales de Buenaventura— han cometido asesinatos, entre otros gravísimos delitos. La violencia de todas las facciones ha provocado*

*desplazamientos forzados generalizados desde 2000. Un promedio de aproximadamente 10.000 residentes de Buenaventura han huido de sus hogares cada año. Desde 2011, Buenaventura ha sido el municipio de Colombia donde más personas han sufrido desplazamiento forzado: 22.028 residentes abandonaron sus hogares en 2011; 15.191, en 2012, y 13.468, entre enero y octubre de 2013, según cifras oficiales.”, señala el informe.*

Pasado un año, en marzo del 2015, esta misma organización señaló en otro informe que *“la Fiscalía ha iniciado investigaciones sobre 44 casos de presuntas desapariciones que se denunciaron como ocurridas en Buenaventura durante 2014, lo cual supone cuatro casos más que los denunciados en 2013. De los 44 casos, al menos 35 habrían ocurrido después de que el presidente Santos anunciara la intervención.”*

Y todos saben, pues es un secreto a voces, que los 44 casos del año 2014 son solamente una cifra, porque el número real de desaparecidos en Buenaventura es mayor. Los familiares de víctimas esperan varios meses antes de denunciar las tragedias o, “simplemente”, nunca lo hacen. Porque el miedo es fuerte y las madres y esposas temen, y con razón, que, tras la denuncia, lo que pasó con su hijo o esposo desaparecido o asesinado pueda pasar a alguien más en la familia.

Por eso es que muchos de los hechos ocurridos no se han podido denunciar y, por esto mismo, no se han conocido, a causa del miedo de los familiares y amigos de las víctimas. Se podría decir que lo que reina en ese lugar es el miedo: omnipresente y difícil de vencer.

Además del miedo, la población siente falta de protección por parte de las autoridades, que, por el contrario, a veces participan y son cómplices de los actos violentos. Varios de los habitantes de los barrios más sufridos hablan de haber visto a policías reuniéndose con las personas pertenecientes a las organizaciones paramilitares. En general, existe una profunda desconfianza hacia las autoridades. Las personas que se atreven a denunciar los hechos corren el riesgo de ser desaparecidas y sus familiares violentados, pues, luego

de haber ido a la Fiscalía, al regresar al sector, los paramilitares ya saben quién los denunció.

Muchas de las personas se han ido, pero hay muchos que se quedan, que deciden seguir viviendo en este lugar. Viven en condiciones socioeconómicas difíciles. Según el Centro de Investigaciones Multidisciplinarias para el Desarrollo, *“el 80,6% de la población se encuentra en situación de pobreza y el 43,5% en condiciones de indigencia. La tasa de desempleo en el municipio es del 28,8%; el subempleo del 34,7%, y el 63% de las personas ocupadas ganan menos de un salario mínimo legal vigente.”*

Y cuando me vi con monseñor Héctor Espalza, obispo de la diócesis de Buenaventura, este me abrió más aún los ojos. *“Aquí en Buenaventura el problema es estructural. El gobierno nacional y unas empresas grandes ya han hecho un montaje de partirse a Buenaventura con doce megaproyectos que estarían en su mayoría situados en lo que es la actual Isla de Cascajal. Estos megaproyectos necesitan mucha inversión. Y la pregunta que hago al Gobierno Nacional y a los empresarios es: ¿ustedes han pensado en la gente? ¿En el pueblo? Porque, sabiendo que en el año 2013 la Sociedad Portuaria de aquí aportó al Fisco cuatro billones de pesos, me pregunto: ¿de qué vale que entre plata si el pueblo vive en la injusticia?”*

En los últimos años, el auge de la violencia en Buenaventura está unido a la implementación de megaproyectos, pues, para llevarlos a cabo, es necesario desalojar algunos terrenos habitados hasta ahora por los lugareños. Y no son ni las casas de pique ni la presencia continua de los criminales en las calles el mayor problema de Buenaventura, sino las medidas que se introducen para poder lograr los objetivos de estos proyectos, ya aprobados por el Gobierno Nacional y conocidos en su conjunto como “Buenaventura 2050”. Según la Financiera del Desarrollo Territorial FINDETER, organización vinculada al Ministerio de Hacienda y Crédito Público y responsable del Plan Máster, el proyecto que se implementa en Buenaventura es una herramienta de planificación estratégica consistente en imaginar cómo puede estar esta ciudad en el año 2050 para, a partir de dicha ‘visión creativa’, plantear el proceso. Se

trata de *“un modelo de ocupación sostenible y competitivo del territorio desde determinantes ambientales y de desarrollo social y económico que promueva la integración regional.”*

La región del Pacífico colombiano es, en la actualidad, uno de los focos del conflicto armado que se vive en el país. Buenaventura es el lugar que vivencia mucha violencia y, también, una pobreza alarmante que azota despiadadamente a sus habitantes y provoca muertes, desplazamiento y, para quienes sobreviven, sufrimiento. Todo esto dentro de la profunda complejidad de la realidad enmarcada en las injusticias dadas por varios proyectos de las grandes empresas. Parece que las palabras de León Gieco siguen siendo actuales aún hoy en día:

*“Muerte contra la vida, gloria de un pueblo  
desaparecido es comienzo, es final  
leyenda perdida, cinco siglos igual.”*

Pero, en medio de tanta violencia y visiones hacia el futuro desalentadoras, hay aspectos positivos, aunque muchas veces muy poco visibles. Entre ellos, el que vi con más resonancia fue la fortaleza de las personas para contrarrestar u oponerse a la violencia de modo pacífico. Es el valor de seguir viviendo a pesar de las amenazas. Es el coraje de algunas de las personas que hablan sobre las realidades que se viven a diario en Buenaventura. Y son estos pequeños - tal vez – detalles los que hacen que en Buenaventura siga viva la esperanza en un mañana mejor.

Hoy, más que nunca, Colombia entera vive en expectativa sobre los resultados de las actuales conversaciones de paz entre el Gobierno y las Farc. Y puede ser que en algún momento se “firme la paz”, como se ha acostumbrado a decir. Pero en lugares como Buenaventura, la paz no llegará por medio de un “contrato” firmado entre los negociadores. Llegará cuando las heridas entre los habitantes de este lugar se sanen. Heridas que son muy profundas y difíciles de superar.

Un día me encontré con la poetisa Mary Grueso. Le pedí que me recitara unos poemas suyos y ella, con la mayor gentileza y cordialidad, lo hizo. ¡Es increíble la precisión poética con que ella expresa la realidad social que se vive en el Pacífico, lo cual me conmovió!

*“(…) Y llegan al estuario de la bahía  
Sin cabeza, sin brazos y sin piernas.  
O simplemente una cabeza  
Que no sabe dónde quedó su cuerpo mutilado  
Por una sierra inclemente  
Que ha trasmutado su oficio en el tiempo.  
Y los otros se mueren de tristezas en las ciudades  
Los que alcanzaron a salir con suerte.  
Pero ante esta sociedad indiferente  
De humillaciones, desprecios y silencios  
Me atrevería a pensar que más de uno preferiría  
No haber nacido o simplemente estar muerto.”*

Para gran parte del país, tristemente, la situación que vive la región del Pacífico y, más aún, el impacto de la violencia en las mujeres que allí habitan, son desconocidos. Sobre Buenaventura los medios de comunicación empezaron a hablar o “denunciar” la situación cuando se dieron a conocer las llamadas “casas de pique”. Pero el problema de Buenaventura no son las casas de pique; este es más estructural y la violencia que viven las personas en muchos de los barrios de la ciudad es generada “desde arriba”. Está compuesta por varios niveles y diversos actores. Entre ellos, el narcotráfico, las bandas criminales, el paramilitarismo, la escasez de servicios públicos como agua potable y electricidad permanente, y la ausencia de oportunidades laborales, que al final confluyen en la generación de violencia y pobreza.

¿Y por qué escribir sobre las mujeres de Buenaventura? –podría finalmente preguntar alguien.

Si creemos al DANE, de los 22 millones de mujeres que hay en Colombia, el 56,8% son cabezas de familia, lo cual quiere decir que más de la mitad de las mujeres colombianas son jefes de hogar. Esto, a nivel nacional. En Buenaventura esta cifra aumenta más aún, con lo que, el papel de la mujer, en el Pacífico es invaluable. Todo gira en torno a la mujer: la educación de los hijos, el mantenimiento del hogar, la construcción de la familia, etc.

Si tenemos en cuenta que la enorme mayoría de las víctimas directas de las desapariciones forzadas, asesinatos y torturas en Buenaventura han sido los hombres, entonces las mujeres son las principales sobrevivientes y son ellas quienes cargan con un duelo irresuelto, asumen la búsqueda y afrontan toda clase de consecuencias en su vida y la de su familia. Ellas son las únicas que pueden contar su propia historia y la de los hombres caídos.

Los indicios de la violencia que toca a las mujeres en Buenaventura son demasiado altos. Si entendemos que la que acoge la vida, la que la cría y la que la ofrece a la comunidad es victimizada, esto duele. Y no basta decir que casi el 20 % de las víctimas de homicidios en el 2014 en la ciudad porteña fueron mujeres. Hay muchas cifras, muchos datos que se pueden leer en la prensa sobre las mujeres en conflicto. Pero ellas son víctimas más allá de las estadísticas, incluso más allá de los asesinatos sufridos en carne propia.

Me dolió ver cómo sufren las abuelas y las mamás. Algunas de ellas ya han muerto en el dolor al ver sus hijos o nietos asesinados, o simplemente al no poderlos ni llorar ni enterrar, porque hasta esto les prohíben al desaparecerlos. Este dolor debe ser escuchado y tomado en cuenta, nunca olvidado, para que otros tomen conciencia de las heridas de la guerra que aún se niegan a desaparecer y del camino que aún hay que recorrer para llegar a la paz. Estas heroínas esperan que muchas fuerzas oscuras que se acumulan y se mueven en el territorio desaparezcan algún día y también que se haga justicia para todos.

Todo, o casi todo, fue muy importante durante mis visitas a Buenaventura. Pero lo que me movía para estos viajes eran los encuentros con las protagonistas de mis historias: Rosa, Jazmín, Flor e Iris. Es su generosidad la que ha hecho

posible que este documento de vida sea real. Ellas son rostros visibles de tantas madres, hermanas y esposas que llevan en su espalda el peso de la guerra en la Costa Pacífica, en especial en Buenaventura. Y, al conocerlas y escuchar sus historias, descubrí aquel elemento mágico que al inicio no sabía describir con el pensamiento y menos aún con las palabras.

En Buenaventura viven muchas guerreras que, después de padecer infinitud de injusticias, siguen luchando como las antiguas palenqueras. Y creo que son ellas, estas mujeres sabias y prudentes al mismo tiempo, que guardan muchos silencios, las que con sus poderes sanadores y amorosos tienen en sus manos el futuro de la paz en Colombia. Con ellas comparto yo un sueño: que el Pacífico sea como debe ser: firme, fuerte... pero pacífico.

Creo importante compartir estas historias, porque hay que entender que una cultura, una sociedad que no respeta la vida, va directo hacia el abismo, un sin – futuro.

Creo importante escribir estas historias porque sé que el conflicto, en toda su monstruosidad y complejidad injusta, no se queda allí, sino que, a partir de la violencia y los horrores vividos, es posible construir la paz. Incluso, en la misma cotidianeidad de las personas que siguen vivas. Personas que cargan a diario el peso de las múltiples violencias. Y ojalá este texto pueda ser una gotica más en la construcción de la memoria histórica y de la paz en este hermoso país, que en los últimos siete años ha sido mi hogar. Y estas mujeres quedarán siendo, cada una de ellas, mis madres, mis amigas y hermanas... santas que tal vez nunca llegarán a ser motivo de devoción.

**‘Ellos’**

Cuando las mujeres que protagonizan estas historias hablan de sus victimarios, dicen 'ellos'. No hacer mención de sus nombres ni catalogarlos según el grupo al que pueden pertenecer significa que ninguno de ellos es ni más ni menos culpable. Cada uno de ellos es responsable por la tragedia que hoy vive Buenaventura.

Por esto, no merecen ser nombrados.

Y así lo van cubriendo con tanta maña,  
que en la noche no tengo hijo ni nada,  
madre ciega de sombra, madre robada.  
(Gabriela Mistral, *Devuelto*)

## Rosa

Seis de la tarde y aún hace mucho calor. En las destapadas calles del barrio, caminan en diferentes direcciones algunas personas con rostros reconocibles para los vecinos; y en el fondo, un reggaetón. Algunas de las casas con puertas abiertas dan la extraña sensación de invitar al transeúnte, pero en realidad no se sabe si estas puertas abiertas son signos de mucha seguridad o, más bien, frutos del miedo, pues todos aquí saben que al barrio no entra nadie desconocido.

Además de la música algo subida de volumen, al pasar frente a una de las casas, se logran escuchar los gritos de una mujer. Es Yudy, una joven mujer de quince años que en este momento, entre dolor y lágrimas, entre gritos y esperanza, da a luz a su criatura. A su lado, muy cerca, Rosa, y en un rincón del cuarto, otras cuatro mujeres de edad avanzada. Todas murmurando algunos rezos, cada una en su tono y velocidad, y alguna con ojos cerrados.

A Rosa la llamaron hace veinte minutos y vino cuán pronto pudo. La joven está acostada en una camita de tablas de madera con un colchón de flores azules. De hecho, no es solamente la cama; la casa entera está hecha de tablas de madera. Es humilde, sencilla, pero bonita y ordenada. Como otras muchas en el barrio.

- *"Puje, puje por su hijo"- dice con decidida voz Rosa -. " ¡Por más dolor que sienta, puje, que la vida ya viene!"*

Rosa, una de las parteras más reconocidas en el barrio, está acostumbrada a venir en ayuda para que el parto sea bueno. Es una mujer para la vida, y bien

sabe que el dolor, los gritos y las lágrimas acompañan la vida desde su inicio hasta el final.

- *“Aquí esta. Tremendo el niño. Grande y bonito está”*- dice mientras corta el cordón umbilical, para luego enterrarlo en algún lugar de la casa.

Yudy respira cada vez más tranquila y llora tomando en sus manos el primer fruto de su joven vientre. Las comadres ríen fuertemente. Alguna aprecia al niño recién nacido; otra le da consejos a la que desde ahora es mamá. Una de ellas le explica a la joven cómo durante los próximos días debe usar adecuadamente la botella curada, una mezcla de alcohol artesanal de caña llamado biche, con hierbas, cuya fórmula conocen solamente algunas de las parteras. A partir de ahora cada consejo será útil, pues no le será fácil a Yudy criar sola a su hijo.

Rosa, contenta de recibir, una vez más, la vida, con el rostro cansado, pero también resplandeciente, hace en su pecho el signo de la cruz, besa la medallita de la Virgen del Carmen que lleva, lava sus manos y sale caminando hacia su casa.

Mientras camina en silencio por las destapadas calles del barrio *El Porvenir*, recuerda los gritos de la mujer que dio a luz. Y el recuerdo del grito recién vivido la transporta de repente a aquel que ella lanzó el día que asesinaron a su último hijo varón. Aquel día, una vez más, gritó. Gritó a pesar de que sabía que con gritos no devolvería la vida perdida de ese hijo, ni de ninguno de los otros dos hijos que le arrebató la vida.

*Los gritos – pensó - nos acompañan cuando damos la bienvenida a la vida, y también cuando nos toca despedirla.*

Su nombre es Luz Marina, pero todos la conocen como Rosa. Desde pequeña, sus padres le pusieron ese nombre, porque, como dicen, “una negra que se respeta, tiene un sobrenombre”. Hoy tiene sesenta y cinco años.

*Hablar de nosotros es también recordar nuestros antepasados, nuestra familia, que es fundamental. Mis padres eran José Eusebio y Catalina. Ellos murieron*

*hace años, pero yo tengo mucha memoria de ellos. Mi mamá era minera. Recuerdo que muchas veces la veía vestida con una falda de colores y con botas que le llegaban hasta las rodillas. Siempre salía de la casa con una pala y una batea llena de esperanza de tener un día bueno en la búsqueda de las pequeñas piedritas de oro. En la mina trabajó y en la mina, de avanzada edad, murió. Y mi padre había fallecido muchos años atrás, un 25 de diciembre. Después me crié con mi segundo padre, Virgilio. Lo quería mucho. Yo nací aquí, en Buenaventura. Aquí nací, aquí me crie y aquí tuve mis hijos.*

*A la edad de diez años me llevaron a Guapi, pues mis padres eran guapireños. Hoy Guapi está igual de mal como aquí. Allí, a pesar de ser unas tierras muy bonitas y fértiles, reina la violencia, el desorden. Antes no era así. Recuerdo con mucho agrado los días vividos en Guapi. A pesar de que era pequeña, recuerdo con claridad ese tiempo. Aún hoy logro sentir esa brisa que llegaba del mar, algunos días de verano, abrazándonos, mientras estábamos en los campos cogiendo los granos de arroz o las mazorcas recién maduras. Eran días soleados, en todo sentido. Me gustaba mucho trabajar allí. La gente se sorprendía de que, a pesar de que no era de allí, sabía trabajar bien y para mí era muy bonito. Esto me gustaba. Con este trabajo, que disfrutaba tanto, me compraba mi ropa y mis cuadernos para estudio.*

*Cinco años vivimos en Guapi hasta que un día nos volvimos a Buenaventura.*

Sentada en una de las sillas bien elaboradas en madera, en su casa, Rosa recuerda los días hasta ahora vividos. Está serena, con la mirada algo lejana, pero profunda. No hay duda de que está inundada por el mar de los múltiples recuerdos que han constituido su vida.

*Volver siempre significa empezar de nuevo. Sea de joven, sea de viejo, cuando uno decide volver, decide empezar otra vez. Empezar inmediatamente, empezar con el tiempo... Es que la vida es así. Solo que esa vida a veces nos roba lo que nos es más precioso y uno luego empieza, cada vez con más dolor, y menos amor, en su corazón. Es como cuando aparecen muchas nubes que ocultan el sol; es como cuando 'ellos' se llevan a nuestros hijos para nunca más devolverlos.*

*Con el tiempo, crecí. Ya no era una niña, sino una mujer. Un día decidí salir de mi casa. Me sentía bien allí, con mis padres, pero sentía que ya era el tiempo de empezar mi propia vida. Estaba enamorada. Él era un poco mayor que yo y yo era muy joven. Estuvimos juntos un tiempo. Pasamos días muy bellos, aunque al final me dejó. Se fue. Juntos tuvimos cinco hijos, pero la vida, por más bella que sea, nunca nos pregunta si estamos o no de acuerdo con ella. Así, cuatro de mis hijos murieron pequeños, poco después de haber nacido, y me quedó uno. Ese fue el que me lo mataron primero.*

Ya en ese entonces, Rosa era una joven partera que poco a poco aprendía los misterios y sabidurías de esta ancestral práctica de las mujeres del Pacífico.

*Mi abuela y mi tía eran parteras. Para mí no era nada raro empezar esto. Ser partera es un orgullo. Ser partera significa saber acompañar, atender a la madre y su bebé durante la gestación, el parto y el cuidado después. Cuando el vientre se le abre a la mujer, uno recibe la nueva vida y se siente orgulloso. Yo me siento orgullosa. Ya cuando a la mujer le pasan los dolores, queda bien y se contenta también. Hay mujeres que sufren mucho, tienen mucho dolor; otras, menos. Es lo más lindo en la vida cuando uno ve a un niño nacer a este mundo.*

Eran las dos de la madrugada y Rosa no pudo dormir. Preocupada porque en cualquier momento la pudieran llamar para atender el parto de una sobrina suya, no lograba cerrar los ojos por más de quince minutos.

Dos y quince: ¡teléfono! Rosa prontamente se levantó para atenderlo y, preocupada, pensó que ojalá el timbre no despertara a Nataly, su hija, que dormía en el cuarto de al lado. En la oscuridad se acercó al teléfono y, al levantar el auricular, de sus grandes ojos empezaron a caer, pesadas y amargas como nunca antes, las lágrimas. Sollozó, pues no era la llamada que ella esperaba. No, no era para atender el parto de su sobrina. Aquella noche la llamaron para decirle que a su hijo, Milton, lo habían asesinado. Silencio. En un solo instante, en medio de la profundidad de la noche, Rosa se transformó en un eslabón más de la enorme cadena de mujeres a quienes la violencia arrebató a alguno de sus hijos. Una cadena de las mujeres que, en la piel

propia, experimentan que no hay dolor más grande que aquel de perder a su hijo. Rosa nunca supo por qué lo mataron.

*Él tenía su trabajo, era prestamista. Me contaron que por no pagar una plata que él había prestado a un señor. Por eso lo mataron, me dicen. Pero no sé si es verdad o no. Lo único que sé es que esto fue el 25 de octubre de 1998. Milton tenía 29 años.*

*En ese tiempo yo trabajaba vendiendo la comida en la rampla, en la ciudad. A muchas mujeres aquí nos toca trabajar en lo que sea, cuando el marido no está. Luego no comía. Solo me compraba mi aguardiente, entraba en mi pieza y tomaba. Así pasaba lo que me parecía una eternidad hecha por los días; nada más momentos de dolor, angustia y soledad. En la mañana iba a mi trabajo y en las tardes y noches, a tomar. Pasaba el tiempo.*

*Una tarde de un domingo estaba sentada en mi pieza. A oscuras, en silencio, con mucha tristeza. No quería hablar con nadie ni verme con nadie. Una vez más pensaba cómo fue que lo mataron, por qué sería, quién lo hizo. En un momento escuché:*

*- Mamá, ¿qué le pasa, mamá? ¡No, no, no, así no quiero verla!*

*Era él, era Milton a quien mataron. Yo estaba despierta cuando llegó él. No más me dijo esto, lo miré por un rato y luego ya no lo vi más. Pero, a pesar de que está en el cielo, él vino a hablarme.*

*A partir de ese momento, supe que mi hijo me cuida desde donde está. Vino a decirme que no tomara más, porque él sabe, y Dios también, que esto no es bueno, que esto no resuelve problemas ni disminuye la tristeza. Alguien podría decir que estaba borracha o dormida, pero yo sé que no fue así. Lo vi de verdad con mis propios ojos y me habló, a pesar de que ya estaba muerto.*

*Pasado un tiempo, me junté con otro señor y tuvimos una nueva familia. Este también, al final, se fue con otra. Con él también tuve cinco hijos. De ellos se murieron dos pequeños y quedaron tres. Dos varones y una niña.*

*Hay dolor cuando una mujer trae la vida y hay dolor cuando a esa mujer le quitan la vida que dio. Yo sé de eso, lo sé muy bien. Aquí, en Buenaventura, las mujeres tenemos mucho dolor.*

*A Fernando me lo desaparecieron en el 2011, un 21 de abril. No sé nada de él, no sé por qué lo hicieron ni, si está muerto, qué hicieron con el cuerpo... a él no lo vi. No sé si me lo torturaron o cómo fue todo. Tampoco sé quién fue el que lo hizo. Fernando era un hijo muy bueno. Tenía 30 años.*

En Buenaventura, los casos de desaparición están en aumento. Cada año desaparecen muchas personas, tanto hombres como mujeres, pero las cifras oficiales nunca reflejan la verdad, pues denunciar un asesinato o una desaparición es enfrentarse con una seria amenaza. En la mayoría de los casos, los familiares de las víctimas prefieren guardarse su dolor y no denunciar, para no arriesgarse a que algo igual le pueda ocurrir a otro ser querido. Porque en Buenaventura hay mucha corrupción y cualquier denuncia puede costar más que un hijo. La desaparición es, como dicen algunas mujeres, la peor tortura, pues no sabiendo si aquellos a quienes se llevaron están vivos o no, les toca esperar toda la vida a ver si algún día regresan. No es posible hacer el duelo, no es posible despedirse. Queda solamente esperar; esperar en medio de las dudas. Hay varias bandas que por droga y dinero hacen cualquier cosa. En los últimos años en Buenaventura aparecieron múltiples bandas, los llamados herederos de los paramilitares. Dos de ellas, las que más suenan en la calle, son 'La Empresa' y 'Los Urabeños'. Cuando no logran reclutar o cuando alguien se les opone, lo desaparecen.

*Y Roberto, el gemelo de Fernando... Después de que desaparecieron a Fernando, me dio miedo por lo que pudiese pasar con él, pues la situación aquí se ponía a veces muy difícil. Otras, más suave, pero nunca segura. Para un muchacho o un hombre joven, vivir aquí es bastante complicado. Un día le dije que se fuera a un lugar más tranquilo, lejos de aquí. Y sí, junto con su familia, viajó a Bogotá, como desplazado. No les era fácil al inicio, porque Bogotá es difícil. Hay mucho racismo, hay miedo a los desplazados, y los desplazados les*

*temen a los 'rolos'. Hay segregación entre la gente por el color de piel, por el lugar de donde viene, por el lugar donde vive.*

*Con el tiempo, Roberto consiguió un carrito y vendía fruta en las calles. No vendía mucho, pero algo es algo. Trabajar en las calles de Bogotá es difícil, pero esto de vender fruta en el carrito es un arte que pocos saben. Mi hijo tenía mucha habilidad que adquirió con el tiempo y era cada vez más profesional en este tema. Este trabajo no le daba lujos, pero no sufría hambre tampoco; ni él ni su familia. Al menos podía mantener su hogar, dar de comer a sus hijos, a su esposa.*

*El día 26 de mayo de 2014 nos vimos. Viajé a Bogotá junto con el grupo de las Madres por la Vida. Cuando a mi hijo Fernando lo desaparecieron, me uní a esta organización, porque es bueno ser solidaria y saber que se puede compartir el dolor. Madres por la Vida es una organización que lucha por los desaparecidos y asesinados. Somos 80 mujeres de los barrios Juan XXIII, San Francisco, El Porvenir, Matía Mulumba y la vereda La Gloria y juntas hacemos lo más que podemos, en medio de todos los obstáculos y el miedo, para visibilizar el problema y la injusticia que nos tocó vivir.*

*Ese día aproveché que estaba en Bogotá y fui con tanta alegría a visitar a mi hijo. Cuando Roberto me vio, se puso muy contento, muy contento, pues nos queríamos mucho. Ese día, al verme, dijo:*

- Usted, mamá, es lo mejor que yo tengo en la vida.*

*Conversamos, reímos, comimos en su casa y hasta una caneca de aguardiente compartimos. Tenía años que no tomaba alcohol. La pasamos muy bien. Al día siguiente, por la tarde, me acompañó al hotel donde me quedaba. Luego regresé a Buenaventura.*

*Aquí la vida seguía normal y yo, a pesar del mucho dolor por mi hijo desaparecido, trataba de seguir viva también. Aún hoy no se va el dolor de mi corazón y no creo que algún día se vaya. Los días pasaban y yo pasaba el tiempo entre la casa, la iglesia y la partería.*

En Buenaventura existe una organización de parteras. Se llama Asoparupa, la Asociación de Parteras Unidas del Pacífico. Al inicio se reunieron unas 400 mujeres parteras afiliadas, pero hoy en día decenas ya han muerto. Hoy, muchas continúan en la labor, porque no solamente para Rosa ser partera es un orgullo. Ahora hay muchas jóvenes que aprenden la partería. Les gusta ir a Asoparupa, donde varias personas, entre médicos especializados venidos de diferentes países y enfermeras muy bien preparadas, dan talleres y, enseñando, procuran que la partería sea segura y no aumente el riesgo de mortalidad de las madres y de los bebés.

*Como afiliada llevo 14 años, pero mucho antes ya sacaba los bebés. Son tantos los años, que ya ni me acuerdo el día en que ayudé por primera vez a un bebé a ver este mundo. Al principio llevaba cuenta de cuántos niños ayudé a nacer, pero ahora ya la cuenta la perdí. Son muchos. Cuando empecé, yo era muy joven. Al inicio solamente veía, aprendía, y sí me daba algo de susto, pero después me metí de una. Y hoy me da mucha alegría saber que las jóvenes quieren ser parteras.*

- *¡Rooooosa, venga rápido!, escuché un día desde afuera de mi casa. Fue una comadrona conocida que me llamaba para atender un parto. La criatura se quedó atrapada en el vientre de la madre.*

*Después de unos minutos de trabajo, nació la niña. Era muy grande, pero, a pesar de que los médicos no querían un parto natural, ella se decidió conmigo. Porque una cosa es que a la mujer la atienda un médico de turno, desconocido, un 'profesional', y otra, cuando a tu hijo lo recibe una partera. Son dos cosas muy distintas. Cuando las maternas van al hospital y los médicos que las atienden no saben cómo atender el parto, hacen cesáreas. Y nosotras, no. Ese día, la niña nació bien, todita, con salud. Los médicos luego no podían creer cómo fue posible este parto sin cesárea. Nosotras ayudamos en eso sin ninguna cirugía. Todo es natural. Cuando de verdad hay algún problema en el parto, a las mujeres las entregamos al hospital. Los médicos no reconocen oficialmente la partería y la miran de reojo. En las clínicas, cuando las parteras llegan acompañando a madres a punto de dar a luz, muchas veces se les*

*impide el ingreso. Cuando un niño nace en manos de una partera, no se reconoce aún su testimonio para declarar el nacimiento y expedir el registro que lo hará ciudadano.*

*Cada vez que voy a atender un parto, me encomiendo a Dios, porque él todo lo sabe y todo lo ve. Muchas parteras se encomiendan a San Ramón y a la Virgen del Carmen también. Y hasta ahora no se me ha muerto ni una materna. Todo ha salido bien. Antes de asistir, preparo la botella curada para algún dolor o algo que se necesite y todo sale bien.*

*Siempre repito que ser partera es un orgullo, pero cuando a una partera le asesinan o desaparecen a sus hijos, esto es un dolor muy grande, una gran tristeza. Y ver que asesinaron a otros que yo ayudé a nacer también duele mucho. Porque, a pesar de que ellos tienen sus propias mamás, muchos a mí me dicen 'mamá Rosa' o me dicen 'tía'. Es una alegría. Sus mamás les cuentan a los niños que fui yo quien los vi por primera vez en este mundo.*

El tiempo pasaba. Parecía que la cotidianeidad volvía a su ritmo normal y Rosa, aunque con inmenso dolor en su corazón, seguía luchando, día tras día, para no dejarse vencer por la desesperanza. Hasta que un día sucedió lo que nadie quiere llegar a imaginar.

*El 21 de junio, mientras estaba en la casa, sonó el teléfono. Me dijeron, ese día, que mi hijo estaba en coma. Roberto Grueso estaba muriéndose.*

*Avisé a Nataly, mi hija, y por la noche viajamos a Bogotá. Todas las trece horas de camino sentí mucha angustia. Sentía cómo ese dolor por la desaparición de Fernando que aún no me pasaba iba aumentando, minuto tras minuto, en las eternas horas del viaje. Llegamos. Allí estaba. Acostado en la cama, con la cabeza golpeada, mirando al vacío. Hasta que un dos de julio murió. ¡Cuánta tristeza!*

Celebraban el día del padre. Roberto, unos familiares de mi nuera y unos vecinos escuchaban música y bailaban allí en el barrio Las Cruces, en Bogotá. Estaban tomando también, pues era una fiesta. En un momento, él dijo:

- Me voy pa' la casa. Me voy.
- Pero, ¿a dónde vas? Aún es temprano- le insistieron los familiares.

Se quedó. Pocos minutos después llegaron unos policías y se acercaron al sitio de la fiesta. Dicen que desde el inicio fueron muy agresivos porque allí, en Bogotá, a los negros nos tildan de muchas cosas. Se formó la riña y el policía le pegó a uno de los allí presentes. Unos bolillazos le dio. Me dicen que mi hijo no quiso entrar a la pelea, pero cuando los policías se iban a llevar a uno de los pelaos, que era sobrino mío, Roberto les dijo:

- Señores agentes, no se lleven a ese muchacho, pues es menor de edad.

Entonces soltaron al muchacho y lo cambiaron por mi hijo. Allí me lo garrotearon. Si fue en la patrulla o cuando llegaron a UPJ, no lo sé. Dicen que cuando le pegaron con el bolillo en la sien les pidió que lo llevaran al hospital, pues se sentía muy mal. Y entonces le metieron seis garrotazos más en la cabeza. Dos policías. Cuando le pegaban, él se defendía y les pegó también. Dicen que 'ellos' eran tres, pero no más. Después de la muerte de mi hijo entrevistaron a dos. Los dos policías que mataron a mi hijo.

Desde entonces, los hijos de Roberto pasan días difíciles allí en Bogotá. Dejó una niña de 3 años, un hijo de 6, otra de 8; uno de 16 y de 17. Y la niña de 14, que está muy enferma. Ellos dependían de él. Nosotros aquí, también. Cuando tenía plata, me la mandaba, compartía conmigo siempre.

Así los policías nos acabaron de quitar lo que teníamos.

Ser partera es un tesoro, pero duele tanto ver asesinados y desaparecidos nuestros hijos.

A pesar de que mi historia es muy triste, tengo fe en que Dios no haga que me enferme, porque yo estoy luchando por mis nietos. Ellos me necesitan mucho; cuando me oyen, se contentan. No les doy nada, porque tampoco tengo, pero ellos me dicen: “abuela, lo único que tenemos es a usted.”

*Los policías me quitaron lo que yo más quería, pero esto no lo sacaron en los medios de comunicación. Es un tema que no interesa...*

*La esposa de Roberto, el último que mataron, ¿de qué vive ahora? Ella intenta vender la fruta en el carrito, por las calles, pero a donde quiera que va, allí los policías la sacan, no le permiten trabajar. Yo no sé qué va a pasar con esta familia. Siento mucho dolor, pero me daría mucho más si Bienestar se llevara a los niños. Porque ahí sí los perdemos. Y para nosotros, la familia es muy importante.*

*A uno de mis nietos lo interné y está bien allí, en el internado, en Bogotá. A él le gustaba mucho andar en la calle y yo tenía miedo de que se lo llevara algún grupo, y que le pasara algo malito. Y ahora, allí, en el internado, a él lo quieren bastante. Es un buen muchacho. Sí, lo es. Yo le pedía al Milagroso que me lo cuidara y sé que me lo va a proteger. Y cuando yo esté mejor de salud, y con un poco de dinero, iré a Buga para pagar esta deuda con Dios. Se lo prometí al Milagroso.*

*De mis hijos, ahora me queda una sola, Nataly. Vive conmigo en la casa y yo siempre pido a Dios que me la cuide del peligro. Ella es una mujer bella, echada 'pa'lante', con muchos sueños. Ella tiene dos hijos, Vicky y Esteban, que son unos amores, pero yo tengo miedo porque este barrio, esta ciudad, no es buena para criar hoy a los hijos. Nataly, a pesar de tener muchas obligaciones, (los hijos, el trabajo en el Terminal turístico), estudia, porque cree que, con buena preparación, podrá asegurar un futuro mejor a sus hijos. Tengo otra hija también, que no es de mi vientre, pero la crié como si lo fuera. Es hija de mi hermano, pero yo la crié. Ellas dos me cuidan mucho.*

*Vivo en El Porvenir, pero mis hijos nacieron en el Muro Yustí, uno de los barrios de la Isla de Cascajal. Allí vivíamos durante un tiempo. Luego nos mudamos a La Palera. Compramos una casa y, cuando nos aburrimos de vivir allí, por muchas razones, nos vinimos al Porvenir. Aquí tengo 22 años de vivir y debo decir que ha sido complicado. A Fernando me lo desaparecieron porque hay problemas. Desde un tiempo atrás aquí en Buenaventura hay lugares donde no se puede ir de un barrio al otro. Mi hijo tal vez cometió este error. En El*

*Porvenir, cuando alguien de afuera quiere entrar al barrio, una persona del lugar debe ir acompañándolo. Solo no puede entrar. Si va solo, lo cogen y le hacen “estas cosas”. Pa’ que vea como es la vida aquí...*

Rosa, al referirse a “estas cosas” hace un gesto, con las manos, mostrando cómo ‘ellos’ descuartizan, despiadadamente, el cuerpo humano, para luego envolver sus partes en las chuspas negras y desaparecerlas en los esteros cercanos a la isla.

Era un día cualquiera, cuando, antes de mediodía, Nataly, la hija de Rosa, tuvo que pasar por el barrio La Playita. Ubicado en el sector de bajamar, este barrio es conocido como uno de los más complicados de Buenaventura. Caminaba de prisa, pues pronto quería pasar por este sector y pronto también llegar a la casa de una tía suya. Mientras pasaba por Puente de los Nayeros, como comúnmente se conoce la calle San Francisco, sin siquiera darse cuenta en qué momento, se le acercó un joven y le puso en la sien una 38.

*- ¿A qué vienes aquí?, ¿para quién sapeas, jueputa?, le preguntó el chico que muy posiblemente no cumplía siquiera dieciséis años. – ¡Ya viene investigando, esa!*

*- No, no. Yo solamente voy donde mi tía. Ella vive aquí. Por favor, yo no sapeo, yo no sé nada, solamente voy donde mi tía -* respondió Nataly con temblorosa voz. Y casi inmediatamente apareció allí su primo John, quién - enviado por su mamá - confirmó que ella era una familiar y que podía pasar por el sector.

Esa vez Nataly tuvo suerte y pudo seguir su camino, pero la violencia en algunos sectores de la ciudad no mira ni sexo ni edad. Simplemente reina. Andar en algunas zonas de la ciudad es complicado, porque es difícil saber dónde están las llamadas fronteras invisibles que establecen las bandas en los barrios. Y cruzar una frontera invisible significa la muerte, la desaparición, dos chuspas negras más en el mar.

*Aquí es fácil desaparecer las personas. Pero el único que tiene derecho a hacer con nuestras vidas lo que quiera es Dios. Y el problema es cuando*

*muchos aquí se sienten, se creen, dioses y hacen la tarea que no les corresponde.*

*Yo no me meto con nadie y yo me pregunto muchas veces: ¿por qué sufro tanto? ¿Por qué yo? Pero sé que no hay respuestas a estas preguntas y solamente Dios sabe todo esto. Algún día me dirá todo esto, me responderá a mis preguntas que aún quedan sin respuesta.*

*Yo soñaba con las personas muertas. Y algunas veces no soñaba, pero las veía. Me imagino que, cuando uno muere, se va con Dios. Nos ve y nos cuida.*

*Un día estaba en Bogotá, después de que a Roberto lo asesinaron. Ese día viajé a una audiencia de su caso, pero, por tanto dolor, me enfermé y me llevaron al hospital. Allí estaba sola, y amanecí triste, pensando en la muerte que le dieron, en lo injusto que fue hacerle esto a él, a su familia y a mí. Fue el tercer hijo y último varón que me quedaba y lo perdí. Amanecí llorando. En un momento se paró a mi lado él. Lo vi muy bien y me dijo:*

*- ¡Madre, qué tristeza! ¡Qué tristeza que me mataron!*

*Yo estaba despierta, lo vi. Y sé que él me cuida desde allí, resucitado. Igual que cuando se me apareció mi primer hijo, también este vino a verme. Me cuidan, pensé. Por un lado, siento mucho dolor porque me los quitaron, pero, por el otro, algo de alivio, porque sé que están con Dios.*

*'Ellos', los que lo hacen, creen que son los dioses en la tierra. Creen que pueden descaradamente picar el cuerpo y echarlo en las chuspas, y luego al agua, en los esteros. Pero un día esto terminará. Yo sé que sí.*

*Un día de estos a un sobrino mío lo sacaron de la casa, se lo llevaron y ya. La mamá hasta ahora llora sin saber nada de él. Queda uno esperando. Y nada más. Esperando, porque tal vez un día regrese.*

*Yo le pido a Dios todos los días que me dé la fuerza para vivir, porque, si me quedo llorando, la vida se me irá pronto. Y solamente Dios puede decir hasta cuándo. Nadie, nadie más. Ni yo ni nadie más.*

*Yo trato de relajarme mucho, pero no soy capaz. No puedo. Sobre todo por Roberto y Fernando, los gemelos. El dolor no se me pasa, porque aunque es difícil de explicarlo, la tortura de la pérdida de cada uno de mis hijos ha sido distinta. Es imposible acostumbrarse al dolor. Y cada vez que uno de mis hijos se iba, el tormento aumentaba. Y hoy duele mucho.*

*A pesar de todo no creo en la venganza. Siempre digo que los que hicieron esto a mis hijos irán a hablar con “ese de arriba”, Dios. Yo no soy quién para juzgar, pero él sí. Aquí no se queda nadie, es solo un adelanto de lo que vendrá luego. Y 'ellos', esos que mataron a mis hijos, tarde o temprano se verán con Dios. De hecho, dicen que el que le hizo daño a Fernando, ya se fue. Lo mataron.*

*Algunos, los que creen que pueden vengar a su hijo o su esposo, cuando hallan el cuerpo, lo preparan con hierbas y el asesino se muere pronto. Pero yo no quiero la venganza. Yo lo que sé es que Dios es bueno con las personas, pero, por más bueno y más padre que sea con nosotros, no creo que Él perdone a los que pican y desaparecen a otros. No creo que les perdone. Cuando se matan en medio de la rabia, en una pelea, Dios perdona, yo creo. Pero hacer estas cosas tan feas... eso no. Porque esta es una cosa pensada. Con esas cosas Dios no está acuerdo.*

*Una vez, una señora que vive no muy lejos me comentaba que escuchaba los gritos pidiendo piedad, pidiendo que no lo mataran... y los gritos venían de detrás de su casa. Me dijo que ella quería irse de allí, pues atrás había un picadero.*

*'Ellos' lo hacen para que la gente les tenga respeto, para que se vea que son hombres. Y en realidad 'ellos' muchas veces son unos niños, jóvenes de catorce, dieciséis años. Apenas cambiaron juguetes por armas y como 'ellos' son los que mandan en el barrio, creen que la gente les respeta, con miedo, claro. Todos están callados. Pero la verdad es que no les tenemos respeto, sino miedo. Miedo a que nos maten, torturen o desaparezcan. Aquí los muchachos juegan de niños con armas, juegan a que se disparan. A los 14 años ya disparan armas de verdad. Por eso, a uno de mis sobrinos, lo mandé a*

*un internado, allá en Bogotá. Y allá está bien ahora. Puede estudiar y prepararse bien para la vida. Pero siempre es una preocupación para que crezca recto, que sea un hombre bueno.*

*Algún día llegará la paz a los barrios.*

*En El Porvenir ahora está más calmado, pero hay mucha gente que se fue y no ha regresado. Se iba mucha gente por las balaceras. Y como las casas son de madera, las balas podían matar a cualquiera. Lo mismo en la Independencia y en Lleras. Y en otros barrios también.*

*Aquí, hasta hace poco la gente hacía mercado tempranito y luego, rápido se iba a sus casas. A las cinco de la tarde nadie estaba en la calle. Solo 'ellos'. Esto aún pasa, pero en otros barrios.*

Rosa sale de la casa y camina junto a sus dos nietos. A cien metros de la casa, gira a la derecha y camina rumbo a la cancha, ubicada en el centro del barrio, enfrente de la iglesia. Allí, un grupo de jóvenes juega al balón. Es difícil saber si el juego es un deporte o simplemente una excusa para mantener controlado, en este momento, el territorio. Pasando la cancha, Rosa entra con los nietos en la iglesia dedicada a San Francisco, el insigne patrono de la paz, para asistir a la misa ofrecida por el alma de Roberto.

*En Buenaventura, y también en El Porvenir, hay muchas madres adoloridas como yo. Muchas hay. Pero nosotras, las mujeres negras del Pacífico, somos fuertes y más aún cuando sabemos que Dios está con nosotras.*

*Mi historia es de dolor y sufrimiento. Pero, a pesar de todo, yo tengo muchos sueños. Sueño que Dios me ayude, y en especial a mi hija, para que ella salga adelante, y junto a ella, también yo. Mis hijos ya no están. Nos quedamos las dos, pero, hasta cuando Dios quiera, seguiremos luchando por la vida. Sueño con sacar adelante a mis nietos, que crezcan con bien... Yo tengo muchos sueños.*

*Sueño con que salgamos del El Porvenir porque este lugar es muy malo para criar a los hijos. Hay muchas personas que salieron de aquí por eso.*

*Ojalá Dios me deje con vida un ratico más, porque yo sé que muchas personas me necesitan. A pesar de todo, soy muy alegre. En la iglesia yo toco cununo, guasa... Sí, me necesitan. Yo no quiero morirme todavía. Quiero vivir hasta que mis nietecitos estén más grandes. Mis hijos murieron, pero dejaron sus hijos, mis nietecitos. Y ellos son esperanza.*

¿Cuándo de tu apacible rostro alegre  
Veré el semblante afable  
Y aquel bien indecible  
A toda humana pluma inexplicable?  
*(Sor Juana Inés de la Cruz, Sentimientos de Ausente)*

## **Jazmín**

Ese miércoles 28 de julio de 2010 Jazmín se levantó con muchos sentimientos encontrados. Una vez más, su esposo saldría a trabajar por tres meses. No era una situación nueva, pues la vida de un pescador es así: tres meses en el mar; tres meses en la casa; una y otra vez. Mientras preparaba el desayuno para sus hijos, que pronto debían salir para el colegio, recordaba todas las noches y los días de espera que parecían eternos: la espera por el regreso del barco en el cual Aurelio López, su esposo, pescaba una mejor vida para su familia

Solo que esta vez José no iría al mar. Tenía organizado un trabajo en Cali y, como sabía arreglar motores, algunos supuestos amigos suyos lo contrataron. Antes de llegar el mediodía, la hora del almuerzo, José se despidió de Jazmín con un beso en la mejilla y un “hasta pronto”, acompañado por una sonrisa llena del dolor por tener que abandonar nuevamente el hogar, pero también de esperanza, pues en octubre se volverían a ver nuevamente. Al salir de la casa, ella lo vio caminar hasta la esquina. Allí esperó unos instantes hasta que, en el lugar acordado, lo recogió un carro. Ese día, a pesar de que hacía calor, llovió.

*Mi esposo y otros más se fueron, pero quiénes eran esos otros, no lo sé. Lo cierto es que el 28 de julio de 2010 viajó a Cali para arreglar unos motores. Tuvimos comunicación hasta los primeros días de septiembre. Todos los días me llamaba. Yo nunca tenía que llamarlo, porque él quería llamarme siempre a mí. Ya de allí no supe nada más de él. Me decía que para octubre iba regresar. No regresó, ni llamó nunca más. Nunca más hasta el día de hoy.*

Tres de la tarde. ¿De qué día?, no importa, porque, desde que José se marchó, todos los días se parecen. Sentada en la sala de su casa, Jazmín mira la puerta semiabierta, como si esperara que alguien, en cualquier momento, la cruzara. Sus ojos fijos parecen que ven lo que por dentro ella siente y al mismo tiempo leen las cartas de su memoria escritas por la vida que solo ella conoce. En sus manos, que reflejan una lucha diaria por la vida, sostiene un pliego de papel rojo y, en su centro, la foto de su esposo.

*Yo soy nacida y criada aquí, en Buenaventura. Mi mamá, Luz María, era caleña, y mi papá, Luis Armando Congolino, timbiquireño. De mis abuelos sé poco, pero recuerdo que me contaban que mi abuelo falleció en una explosión en Cali, en 1956. Ese día diez camiones del Ejército Nacional llegaron a Cali desde el puerto en Buenaventura, cargados de mil cajas de dinamita. Horas después, la ciudad fue testigo de una de las más grandes tragedias ocurridas hasta entonces en el país. Cuadras enteras quedaron convertidas en cenizas y, junto a ellas, más de mil trescientos muertos, cuatro mil heridos y destrucciones que superaron los cien millones de pesos de esa época. Entre las víctimas estaba mi abuelo. Mi mamá tenía dos días de nacida. ¿Por qué se lo cuento? Porque recordar nuestras raíces es muy importante, nos mantiene vivos, incluso en momentos de muerte.*

*Cuando mis padres se conocieron, en un momento, vinieron a vivir aquí, a Buenaventura. Sentían que aquí había más posibilidades para una vida mejor. Poco tiempo después nació yo. Hasta los tres años viví en el barrio Muro Yusti. Como no había empleo, mi papá decidió irse por los lados de Antioquia a buscar mejor vida. Allí conoció a otra mujer, tuvieron hijos y allí se quedó. Después de años regresó y yo, apenas a los siete años, lo conocí. Cuando se fue, yo tenía seis meses de nacida. Así pequeña me crié con mis hermanos y con mi madre. Luego mi mamá se conoció con mi padrastro y se fueron a vivir al barrio Porvenir.*

Su infancia fue muy buena, a pesar de que algunas veces tuvo que saber llevársela frente a su padrastro, quien era un hombre muy severo. Era muy traviesa, muy curiosa y alegre. Hablaba mucho y se reía mucho. Se interesaba

por todas las cosas posibles, por los animales... de todo quería saber. Corriendo entre los palafitos, jugaba con sus amigas del barrio, donde había gallinas, patos y gatos. Pasaban horas enteras jugando muchos juegos que ahora ya no se juegan, ya no se conocen: la Ronda, el Mirón, la Radiola, el Yeimi. Jugaban mucho, pues eran otros tiempos.

- *¡Yeeeimy!* En la memoria de Jazmín resuenan los gritos de otros niños, amigos y amigas del pueblo: *¡la torre esta tumbaa! ¡Ganamos!*

Jazmín, al nombrar los juegos del pasado, vio de pronto imágenes de cómo pasaba el tiempo jugando 'Yeimy', un juego que todos, entonces, sabían jugar.

*Era sencillo, pero divertido. Todos los niños o jóvenes nos formábamos en dos equipos. Si éramos muchos, era mejor. Previamente, en medio de nosotros se había construido una pequeña torre de piedras. El objetivo era tumbar la torre lo antes posible. Una vez la torre era destruida, el equipo escogía al que era el nuevo constructor, quien tenía la obligación de volverla a armar, pero sin dejarse ponchar. Mientras ese trataba de armar la torre, los otros lo cubrían de ser ponchado formando una especie de cerca con los palos. Si se lograba ponchar a todos los de ese equipo, todos unánimes gritaban: "¡Yeimy!"*

Jazmín, tratando de recordar su pasado, sonríe sutilmente y en sus ojos persiste un extraño brillo. De repente, silencio. En un instante la sonrisa desaparece y su semblante se vuelve circunspecto. Este silencio deja una rara sensación de no ser un sinónimo de paz o calma, pues, en un barrio de muchos niños, uno esperaría escucharlos, al menos, corriendo por la calle.

*Ahora el barrio Muro Yusti es distinto. Los niños ya no juegan en las calles como nosotros. Allí hay fronteras que no se pueden cruzar y Dios quiera que algún niño no se encuentre con una bala perdida en medio de la calle, a pleno día.*

*Mi padrastro falleció años después y mi papá volvió y de nuevo se unió a mi mamá por unos diez o doce años más. Mi mamá sigue viva; quebrada de salud, con sus problemas, pero viva. Mi papá falleció en 2007.*

*Cuando recuerdo mi infancia, siento nostalgia, puesto que fue muy distinta a la de los muchachos de ahora. Ahora juegan a la guerra, se tiran piedras y se disparan. La mente de los niños de aquella época no era una mente de violencia. Existía la vecindad. Y las vecinas, que muchas veces ni familiares eran, cuidaban los niños cuando la mamá salía de la casa. Había confianza, respeto. La que cuidaba al niño podía corregirlo cuando era travieso. Y el pequeño obedecía. Ahora todo ha cambiado y las vecinas ya no quieren cuidar a los niños ajenos. Vemos que la vecindad en estos barrios ya no existe. Se han roto estos lazos.*

Anteriormente todo, menos, tal vez, las aguas del mar, en el Pacífico, era distinto. Cuando un niño o un joven hacía algo malo, primero se acudía donde el abuelo y era siempre el abuelo el que corregía; luego la mamá o el papá. Por ejemplo, si un joven llegaba a la casa en las horas de la noche, o si una joven se encontraba a escondidas con un muchacho, los papás iban donde el abuelo, quien decía a los padres qué era lo que tenían que hacer. Había respeto. Antes todos los vecinos eran tíos y algunas vecinas, mamitas. No eran unos desconocidos o extraños. Todos formaban una gran familia, pero la violencia rompió con estos lazos.

*Ahora son contaditas las familias que respetan los consejos de los abuelos. A veces, cuando los papas viajan lejos en búsqueda de una vida mejor, de un empleo, los hijos quedan a cargo de los abuelos, pero ellos quedan como si fueran papás. La familia de generaciones ya no existe como tal y esto es uno de los frutos de la violencia. Esa también es la puerta por donde entran 'ellos', los diferentes actores armados. Y una vez que tienen entrada, empiezan a atormentar a todos. El juego de guerra entre muchachos se vuelve real, como real es también nuestro sufrimiento.*

*Era muy joven cuando me conocí con mi esposo, el futuro padre de mis hijos. Él nació en Villa Málaga, en zona rural de aquí. Yo soy la hija mayor y, gracias a esto, no me dio duro iniciar mi propia familia. Cuando mi mamá tuvo mis dos últimos hermanos, ella se puso a trabajar y a mí me tocó criar a los hermanitos. Después de tener su última hija, mi mamá se enfermó, y a mí, con tan solo*

*once años, me tocó hacer todas las tareas de la casa. Aprendí a cocinar, a planchar, a arreglar la casa, a mis hermanos... mi mamá, poco a poco, me iba enseñando todo.*

*Recuerdo cómo, desde pequeña, aprendí a cocinar. Primero, observaba a mi mamá. Veía qué y cómo lo hacía en la cocina y con lo que había siempre cocinaba algo rico. Así aprendí yo: poco a poco, quemando alguna olla, pero así se aprende.*

*Esto me ayudó muchísimo en el momento de formar mi propio hogar, con esa experiencia ganada por haber tenido tanta responsabilidad desde antes. Y se lo debo a mi madre.*

Las palabras de Jazmín cesan cuando, de repente, la puerta de la casa se abre y entra una niña, con múltiples bolitas de colores enredadas en sus pequeñas trencitas. Se acerca a Jazmín y la mira con una sonrisa algo tímida y susurra palabras a su oído.

*¡Vaya, vaya que ahora no puedo! Dígale a su mami que más tarde voy.-* responde enérgicamente Jazmín y, mientras la niña sale, ella se levanta y, cerrando la puerta con cuidado, saluda a alguien en la calle.

*Aquí, entre amigas, aún nos ayudamos y todas sabemos con quién contamos. Cuando alguien de confianza necesita ayuda, manda a su hijo y este dice de qué se trata. Así, los pequeños, entre tanta maldad que nos rodea, aprenden qué significa ser solidario.*

*Cuando tenía 16 años, José y yo nos juntamos, y juntos hicimos la casa aquí, en el barrio; nos radicamos aquí. Primero vivimos ocho años en unión libre y luego nos casamos. Sabía que quería pasar el resto de mi vida al lado de él. Cuando me fui de la casa materna para vivir con mi esposo, mis dos hermanos menores, como siempre, estaban conmigo, se fueron a vivir con nosotros. De esta manera, a pesar de que aún no teníamos hijos propios, ya teníamos a quién criar. Uno de ellos fue a quien mataron y ahora cuido a su hijo. La otra se fue a España y allí vive con su familia. Me ha gustado mucho ayudar a mi familia porque la familia lo es todo.*

*José y yo tuvimos cinco hijos: dos fallecieron y tres siguen vivos.*

*José es un buen padre de familia, un hombre responsable, trabajador. Pero, en el marco del conflicto que vive Colombia, ha sido una víctima más. Como aquí, en Buenaventura, no había empleo, un amigo le dijo que fuera a Cali y allí encontraría trabajo. Desde que se fue, por mes y medio tuvimos comunicación, pero después se perdió. Hoy ya son cuatro años que no sé nada de él. No sé si está vivo o muerto, no sé nada, nada.*

Es común que para sostener la vida normal de la familia trabaje tanto el hombre como la mujer. Entonces la vida es más llevadera. Pero cuando un hombre se va de la casa y se aleja, por la razón que sea, de su familia, esta cambia radicalmente. A la mujer, entonces, le toca tomar por sí sola las riendas y ser para sus hijos tanto mamá como papá. Y como madre y padre, tiene que velar por educar a sus hijos, hacerles de comer, ocuparse de ellos. Tiene que trabajar más fuera de casa y dejar a sus hijos solos.

*Recuerdo que cuando recién pasó lo de mi esposo, una amiga me dijo:*

- *“Ánimo que, pase lo que pase, somos las mujeres, hoy, la base de todo aquí, en la costa. Cada vez que se llevan a un esposo, aumenta el número de las madres cabezas de hogar.”*

El papel de las mujeres, en el Pacífico, es invaluable. En las circunstancias en que les toca vivir, siguen sosteniendo un hogar, una familia, una comunidad, dándole vida, fuerza y calor. Ellas forjan un futuro mejor, porque creen que vale la pena luchar por una utopía.

*Hasta el momento, quien mantenía el hogar era él. Yo trabajaba también, pero en la casa. Desde que se fue, tuve que suplir el rol del padre. Estaba acostumbrada a que cuando los niños necesitaban algo para el colegio, o yo en la casa, solo le planteaba a José estas necesidades y él las resolvía. Ahora ya no: de todo tuve que ocuparme yo. Fue muy difícil. Para una como madre ocuparse totalmente del hogar en el papel de madre y padre es un reto bastante grande. Y como yo, muchas más hay aquí en la región; cada vez más y más.*

*Mientras los muchachos eran niños, todo fue más fácil. Las cosas se complicaron cuando se volvieron adolescentes, porque en este ambiente hay que cuidarlos siempre. En el contexto en que vivimos, la tentación está a la orden en cada día. Hay muchas posibilidades de que 'ellos' se lleven a los jóvenes, a mis hijos, a alguno de sus grupos.*

Jazmín se levanta. Deja la foto de su esposo al lado, en la mesa, con el propósito de liberar sus manos y explica que, quienes se atreven a hablar sobre 'estos asuntos', dicen que 'ellos' son unos niños. Son jóvenes que no superan, en múltiples ocasiones, ni siquiera los dieciséis años. Buenaventura, así como también Tumaco y otros lugares, sobre todo del Pacífico colombiano, cuenta con altos índices de reclutamiento de niños por actores armados. Algunos desde los diez años se hacen parte de los grupos. Con frecuencia los niños hacen de informantes y centinelas, pero no es raro que participen en torturas y asesinatos.

*Los muchachos se dejan tentar y entran en estos grupos. Les atrae el dinero fácil, las amistades de ese tipo. Esto se debe a la situación que vive el país. Aquí no hay empleo. El mismo gobierno no brinda las posibilidades para que la juventud no caiga en estos abismos. Veo que la situación es cada vez más y más complicada.*

*Dicen que la culpa es de los muchachos, pero eso es mucho decir. Los jóvenes estudian y quieren trabajar, pero no hay posibilidades. Uno de nuestros hijos terminó la universidad y luego ha mandado una infinidad de hojas de vida. Lo primero que le piden es experiencia laboral. Una persona pasa muchos años estudiando, gasta dinero, tiempo y energías, los mejores años de su vida, y luego no puede tener empleo porque no tiene experiencia laboral. Esto está mal.*

*Mi hijo me dijo un día:*

- *“Mamá, ¿para qué estudiar? Uno se mata para que después le vengana a decir que no puede tener empleo.”*

*Claro, los muchachos ponen todo esto en una balanza y, viendo las dificultades, ven a la vez las otras oportunidades. Los tentáculos de pulpo cogen, agarran a los muchachos. No hay empleo, pero sí dinero fácil. En parte, el gobierno tiene la culpa de lo que vivimos aquí, en el Pacífico. Si se interesara por el pueblo, aquí tendríamos otra vida. Pero cuando interesan los negocios, y no la gente, pasa lo que está pasando aquí, ahora.*

Su esposo, Aurelio, solía decir que el desempleo en Buenaventura es el fruto de poca inversión social. Se invierte mucho en el Puerto, pero la ciudad se queda con muy poco.

*Mi esposo es un hombre sabio y prudente. Para mí, él no está muerto. Para mis hijos tampoco. Por esto siempre hablamos en presente y no en el pasado. Yo no pienso que él está muerto. Cuando pienso qué le habrá pasado, pienso que tal vez esté secuestrado y no se puede comunicar. Uno se imagina muchas cosas, pero la idea de que esté muerto es la que no gana en mi corazón. Solo el día en que yo me muera, ese día se morirá la esperanza de verlo vivo a él.*

*A veces... muchas veces, pienso que en cualquier momento puede venir alguien, tocar la puerta de esta casa y, mostrándome una cajita en sus manos, me diga:*

- *“Señora, mire, estos son los restos de su esposo.”*

*Sí, podrían hacerlo, ¿pero a mí quién me va garantizar que estos restos son de él? Porque yo no lo vi muerto, yo no lo enterré. A mí nadie me va a garantizar eso. Cuando uno no vive el duelo, la persona, por más desaparecida que sea, siempre sigue viva. Otra cosa es cuando a un familiar lo matan y lo dejan por ahí. La esposa, los hijos van y lo ven, lo recogen, lo velan y entierran. Allí sí saben que está muerto.*

Aquella tarde Jazmín una vez más pensó que la vida está llena de paradojas o ironías, como las denominan algunos, pero la más grande es la esperanza. Frente a la desaparición de su esposo, ella sabe que no puede enfrascarse en su dolor, porque, así como le duele a ella, también les duele a sus hijos,

quienes ahora, en el presente, son “carne de cañón”. Ella sabe que, si se descuida y se encierra en su tristeza, ellos serán los próximos, pues esta maquinaria de muerte aún no para. Así es esta lógica de maldad en este país. Le ha tocado tragarse el dolor y luchar por sus hijos, sacarlos adelante. Y ella, Jazmín, es solamente una de tantas.

*Mi esposo es víctima y también yo lo soy, pero no solamente por la desaparición de él, sino también por lo de mi hermano. A Eduardo lo asesinaron hace unos años. Un día, sin esperar yo nada, me llamaron diciendo que mi hermano estaba muerto. Salí de la casa rumbo al lugar donde encontraron el cuerpo. Recuerdo que, por la desesperación, no miraba ni los carros, ni las motos, ni las personas. Quería ver el cuerpo del que me hablaban y saber que no era de mi hermano. Cuando llegué allí, me dijeron que tenía que hacer el reconocimiento. Eso fue horrible: lo vi, a ese hermano a quien cuidé como a mi hijo, en un charco de sangre oscura, y sí, era él.*

*A partir de entonces, me tocó ser mamá de su hijo. Yo me hice cargo, porque, para nosotros, aquí en la costa, la familia es un valor, es algo muy importante. Una vez más fui madre. Nosotras, las mujeres, somos las que más peso llevamos en este conflicto. Nosotras nos quedamos aquí, para luchar llenas de dolor, mientras que ellos se van, se los llevan o los matan. Pero Dios nunca nos ha dejado en esta lucha.*

*Lo de mi hermano era distinto de lo de mi esposo. Porque a Eduardo lo vimos, lo reconocimos, lo velamos y enterramos. Hicimos duelo. A mi esposo, no.*

*Hasta que desaparecieron a José, vivimos juntos 22 años. Y fueron años muy bonitos. Fueron años en los que pasó de todo, pero, gracias a Dios, superamos los problemas.*

*Después de varios intentos de trabajo, por fin encontró uno que le gustó bastante. Trabajaba en una empresa de pesca. Salía en un barco por tres, cuatro meses al mar y luego regresaba. Él pensaba mucho en dar a sus hijos lo que no tuvo él mismo. Después de un tiempo, por motivos de salud, le tocó renunciar. Pasaron los días y de nuevo consiguió un empleo, con mejores*

*condiciones para su salud, también en el barco. Se iba por 15, 20 días a pescar y volvía. Pescaba mucho y esto le gustaba. Él es un hombre de mar.*

Para muchos, ser pescador, en Buenaventura, es una herencia, pero también un reto. En la actualidad, la situación de la pesca artesanal, la que mantuvo viva la tradición y las vidas de familias enteras por siglos, está en peligro. Hoy, las instalaciones de Copescol, una de las empresas pesqueras más antiguas del Pacífico colombiano, son apenas un recuerdo. Sus instalaciones, ubicadas a orillas del estero San Antonio, se utilizan ahora para almacenar carbón que luego sale, en los enormes buques, hacia otros lugares del mundo.

Igual pasó con Bahía Cupica, la mayor empresa pesquera del Pacífico de finales de los años noventa. De ella no queda más que un aviso visible desde el puente de El Piñal. La compañía fue cerrada en 2008. A pesar de que llegó a tener 50 barcos pesqueros, a pesar de las promesas del Gobierno, fue cerrada después de ser intervenida por la Dirección Nacional de Estupefacientes. Igual Arpecol, Inpesca, Marcol y Pescol, empresas que hace dos décadas formaban parte de la cadena pesquera del Pacífico. Todas desaparecieron, y con ellas cientos de empleos y más de treinta mil toneladas anuales de pescado.

*Hay muchos pescadores aquí que no pueden seguir su vocación; entre ellos, mi esposo.*

*En el año 2007, un día, José tuvo un accidente y quedó bastante mal. Siempre le repetía que alcohol con gasolina no es buena combinación. Ese día se accidentó gravemente en la moto y le tocó dejar ese trabajo. Duró en recuperación como un año y medio y durante todo este tiempo me tocó estar al frente de mi familia, ocuparme de nuestros hijos y de él también. En esa época, como no teníamos ingresos, mi familia nos ayudó mucho: mis hermanos y mi mamá.*

*Duramos un tiempo sin trabajo. Pero él siempre me decía que algo le iba a salir, que encontraría un buen trabajo. Como en el barco tenía muchas amistades, alguien le dijo que necesitaba arreglar una máquina, un motor. Él fue, se la arregló. Y así, con unos pequeños trabajos, pasaban los días, las semanas, los meses. Hasta que llegó 2010.*

- *¡Es que cómo podemos vivir así, sin tener yo un empleo! – dijo un día, una vez más, con voz desesperada, Aurelio. ¡Yo te debo mantener a ti, amor, a nuestros hijos, pues Dios me los dio a ustedes para cuidarlos!*

Pero el empleo no llegaba. La situación se puso difícil en cuanto a lo laboral, en Buenaventura, y José era solamente “uno más” a quien no le salía nada serio. En estas seguía la familia, cuando, por ahí, a la mitad de ese año, llegó un amigo.

- *Compadre, le tengo buenas noticias. Le tengo un empleo. ¡Fijo y bueno!*  
- dijo.

Aquella tarde Jazmín y Aurelio hablaron mucho. Él le trataba de explicar que la propuesta venía de un amigo, un hombre de confianza. Se trataba de arreglar unos motores en Cali. Ambos estaban sorprendidos de luchar, que fuera en Cali, pero José se mostró dispuesto. Decía que mejor incluso en Cali, pues allí no hay tantos problemas.

Un mes y medio después, aquel mismo amigo llamó y José se fue.

*Yo lo estuve llamando, pero las llamadas se iban a buzón. Incluso ahora, de vez en cuando, marco para saber si responde, pero no... no me responde. Y yo espero, porque, ¿qué más queda?*

*Con quién viajó, no sé; a quién preguntar por él, no sé; a dónde buscar en Cali: no sé. Y no sé nada porque, aunque yo le preguntaba por sus cosas, su trabajo, él nunca decía mucho. Más aún, se enojaba cuando le preguntaba.*

*Tiempo después la gente hablaba de que José seguramente estaba muerto, pero yo no creo en los rumores. Siempre digo lo mismo: si yo no veo su cuerpo, siempre lo pensaré vivo. A mí nadie me va a decir que él está muerto.*

*Hasta ahora varias personas que no saben lo que pasó, amigos con quienes me topo poco, cuando me ven, me preguntan:*

- *¿Y qué hay de “malagueño”? Así le decían a mi esposo.*

*Y yo me quedo pensativa y luego respondo:*

- *Ya son cuatro años que yo no sé nada de él.*

- *¿Se fue con otra o qué?*

- *No, está desaparecido.*

*Y estos momentos son muy dolorosos.*

Jazmín es una mujer fuerte y ni siquiera el desgarrador flagelo de la desaparición de su esposo la ha quebrado. Es verdad que eso ha sido lo más difícil que le ha pasado en la vida. Ya antes ella había escuchado hablar de casos así; se solidarizaba, entonces, con las esposas y madres de los desaparecidos. Pero cuando le pasó a ella, fue distinto, fue más real. Nunca uno está preparado para vivir estas 'sorpresas' de la vida, repite ella. A veces puede parecer que son más que las soportables, pero igual a las mujeres como Jazmín no les queda otra salida que seguir adelante, porque ella bien sabe que, si dejara de luchar, todo lo pasado, hasta ahora, sería en vano.

*Creo que el poder y la ambición no lo son todo. Creo y siempre he creído que la violencia es por el poder. Aquí, en la Costa Pacífica, es por nuestro territorio. 'Ellos', los que hacen todas estas cosas, mientras más tienen, más quieren tener. Yo solamente pido que nos respeten y que respeten nuestros territorios. Ellos violan nuestras vidas, nuestros derechos. ¡Déjennos en paz! El territorio para nosotros lo es todo, así como también lo es la vida que nos quitan poco a poco.*

*El sueño más grande que tengo en mi corazón es volver a ver mi esposo y ver a mis hijos como unos profesionales. Era un sueño de nosotros dos ver a nuestros hijos crecidos y bien situados en la vida, pero, como José no está por ahora con nosotros, me toca a mí procurar que este deseo se haga realidad.*

*Alguien hace un tiempo me preguntó de dónde saco la fuerza. Pero yo no lo sé. Tal vez sea Dios, tal vez la esperanza. Sé que nosotras, las mujeres del Pacífico, somos valientes, luchadoras, fuertes, pero, sobre todo, no dejamos que muera la esperanza. El dolor que muchas mujeres llevamos por dentro no nos puede vencer. No lo permitimos, porque tenemos unos hijos que sacar adelante.*

*Lo mejor que me ha pasado ha sido la familia que Dios me ha dado: mis hijos tan bellos y ese esposo maravilloso. Había dificultades, obstáculos, pero no pudieron con nosotros. Ahora tampoco podrán.*

*Nunca estamos preparados para lo que viene en la vida. Pero sí, hay que enfrentar todo esto: no hay de otra.*

Las seis de la tarde. Jazmín sale de la casa, mira hacia la calle y sonrío a algunos vecinos que, pasando cerca, la saludan con un gesto de la mano. El atardecer oculta lentamente el sol entre los ámbares y carmines, y el calor también lentamente baja sus temperaturas.

*-Allí, en El Piñal, existe un cementerio de pequeños barcos anclados en el mar del olvido. A veces cuando los veo, pienso en él.*

Apoyada en la entrada de su casa, deja de mirar a las personas y su vista se dirige a su mano derecha. En ella, un celular algo desgastado. Una vez más, Jazmín digita los diez números que hoy son su única esperanza. Aurelio, una vez más, no responde. Otro día será.

¿Estás aquí, madre mía?  
porque no te logro ver....  
Estoy aquí, con tu sueño;  
duerme, hijo mío, con fe.  
(Miguel de Unamuno, *Madre, Llévame a la cama*)

## **Flor**

*Yo ahora soy otra. No soy la misma de ese tiempo. Con los años uno aprende mucho. Ahora vivo con un dolor enorme, pero soy otra: soy más libre.*

“Estamos hechos de historias”, dijo en alguna ocasión el maestro Eduardo Galeano. Pero contar la historia de modo que el pasado se vuelva presente no es nada fácil. Se necesita bastante valor y coraje para volver a desempolvar algunos recuerdos y ver nuevamente sangrar otros. Es por esto que el día en que Flor Mosquera decidió contar su historia, no era un día cualquiera.

*Nací en la costa... en El Charco, Nariño. Recuerdo, todas las mañanas, ver los hombres de la vereda caminar por los destapados caminos que hay allá. Unos, iban al mar. Montaban sus lanchas, canoas o barquitos para regresar en la noche. Si les acompañaba suerte o, más bien, la bendición de Dios, regresaban con algo de pescado. Si no, volvían tristes. Otros salían hacia la selva y dedicaban las horas de sus vidas a cortar la madera, porque allí hay madera fina. Y otros caminaban hacia el río donde pasaban días buscando oro. Ellos, con sus bateas de madera o de zinc. Las mujeres pasaban horas enteras todos los días caminando entre esteros, buscando, entre las raíces de los mangles, piangua y camarones. Recuerdo bien El Charco. Con algunos dolores, pero sonriendo recuerdo esa tierra.*

*Mi papá, Gabriel, dejó muy pronto a mi mamá, Germina Labón, y por supuesto, también a mí. Luego, cuando tuve seis años, ella, mi propia madre, también se fue y me dejó con mis abuelos. Ella se vino para Buenaventura y yo me quedé allí, en El Charco.*

*Y crecí pensando y sintiendo que mis padres no eran quienes se marcharon. Mis verdaderos padres eran mis abuelos, los que me criaron. Ellos, Agustín Aragón y Purificación Palanta, eran muy pobres, pero eran unas personas de buen corazón, honrados.*

*Me acuerdo de que mi infancia era muy dura.*

- *“Levántate, hija, que ya hay que trabajar. Ya amaneció” - decía mi abuelita todas las mañanas al entrar al cuarto donde yo dormía. Y yo casi siempre en esa época le respondía:*
- *“Mamá, pero yo no quiero, hoy no, por favor.”*

Flor, de pequeña, se levantaba muy de madrugada y todos los días, siendo aún niña, tenía que ayudar a su abuela a raspar el coco, a coger maíz, a coger arroz. Siempre le parecía que eran demasiados oficios para una niña, pero igual los hacía. Iba creciendo y, junto con los años, los oficios y obligaciones iban aumentando en cantidad y peso. Se levantaba a las tres de la madrugada a moler caña para sacar guarapo y biche. Le tocaba ir al monte a traer los racimos de plátano y leña. Todo esto tenía que hacer si quería comer, vivir. Flor no tenía tiempo de jugar con otros niños y niñas y por esto sufría mucho. Después de los trabajos de la mañana, ella salía para el colegio y, al regresar en la tarde, volvía a trabajar. Los sábados y los domingos siempre los pasaba trabajando todo el día. Por eso, por falta de dinero, no pudo terminar ni siquiera la primaria y sus abuelos querían que ella estudiara, pero no podían ayudarle. No tenían cómo.

*Es como si tuviera una infancia que no era infancia, pero, a pesar de todas las dificultades, yo ahora recuerdo bien, muy bien, a mis abuelos. Ellos fueron los mejores padres que yo podía tener. Y los mejores abuelos a la vez. Para mí fueron un amor. Y hay algo importante en todo esto: ellos me criaron como ahora ya no se cría a los hijos: obediente, respetuosa. Nadie podía tocarme sea para hacerme daño, sea por otros motivos, pues mi cuidado era un valor y yo me sentía bien así. Lo único difícil era la situación económica, pero lo demás... un amor.*

*En la casa vivíamos muchos: mis abuelos, sus hijos, las nueras, los nietos... La casa no era tan pequeña, pero igual nos tocaba dormir a varios en una pieza, pues éramos muchos. Pero esto no me disgustaba; yo me sentía bien. No recuerdo ninguna pelea entre nosotros, mis primos o mis tíos. Nos respetábamos y sabíamos lo importante que es el amor y la unión en la familia. Siempre. Debo admitir que en esa época el cariño nunca me faltó. Yo les decía a mis abuelos 'papá' y 'mamá'. Y ellos me decían 'hija'.*

El tiempo parecía ir corriendo y los abuelos de Flor se hacían cada vez mayores. Ella creció también y, junto con ella, sus sueños y sus deseos. De niña pasó a ser una bella mujer. Y aquí iniciaba la etapa más difícil de su vida, en la que iba a dar la cara a la vida con todo lo que esta traía.

*Tenía dieciocho años cuando tuve mi primer hijo. Era Héctor Fabio. Con el papá de él me conocía desde hacía tiempo, pues él era buen amigo de mi abuelo. Era, por lo tanto, un hombre mayor que yo. No sentía mucho por él, pero son cosas del destino. Un día fue a pedirme, a pedir mi mano. Ese día fueron sus padres a donde mis abuelos y, hablando, se arregló que yo fuera su novia, y sí, a partir de allí éramos novios. Hablaron mucho aquella tarde, tomaron algunas copas de nuestro licor, llamado 'biche'; todos se veían contentos. Yo recuerdo que me iba a casar con él, pero mi abuela, con mucha sabiduría, me dijo que no lo hiciera. Al inicio no entendía por qué me lo dijo, pero, luego de casarme, pronto supe la razón. Este señor se portó muy mal conmigo. Me traicionó. Yo estaba triste y con rabia, y decidí irme a vivir sola con mi hijo. Ni con mis abuelos ni con ese hombre. Lo dejé.*

En esa época Flor vivía en Magdalena, una vereda ubicada a unos cuantos kilómetros de Charco. Un lugar de paisaje hermoso: los espesos arbustos, mezclados con los antiguos árboles, reflejaban su belleza en las aguas azules del río Tapaje.

Un día cualquiera, que pronto se convertiría en una fecha inolvidable, fue a visitar a su tía y junto a ella paseó por el pueblo. Su hijo tenía once meses.

En un momento, dirigiéndose hacia el muelle, su tía le dijo:

- *Vamos al barco, porque allí llegó una persona. Vamos a verla. De pronto tú sabes quién es ella.*

Mientras se acercaban, Flor alcanzó a distinguir a una mujer bonita y elegante que caminaba, desde la orilla del río, hacia ellas. Pero no sabía quién era aquella mujer. Lo que sí era cierto es que se parecía un poco a su tía Mariza.

En realidad, era su madre. Tenía en frente a su propia madre y no se conocían. En un momento, su tía llamó a aquella mujer y le dijo:

- *Esta es tu hija, la que no conocías.*

*Mi mamá bajó hacia nosotras y en silencio me abrazó. En ese momento yo sentí el amor de una madre, pero fue algo extraño, porque sentí mucho dolor también. Sea como sea, ella nunca se preocupó de mí. Nunca. Si mi mamá se hubiera preocupado por mí, yo sería una persona diferente, porque al menos mis estudios los habría terminado. ¡Qué triste es cuando una mamá abandona el fruto de su vientre! ¡Qué difícil es, luego, perdonar algo así!*

*Mi mamá permaneció con nosotros, allí en la vereda, ocho días y luego se fue. Hablamos mucho, recuerdo. Ella quería saber de mí y yo sobre ella. Pero, a pesar de tenerla cerca, sentía que ella me era ajena.*

*Yo era muy joven. Un día cometí otro error: conocí a un muchacho. Al inicio me gustó mucho. Me enamoré, no quería estar sola y empezamos a vivir juntos. Tiempo después me di cuenta del error. Era un hombre que no pensaba en mí para nada, solamente en él mismo. Nunca se acordaba de que la mujer debe vestir, debe comer, debe vivir también. Como yo ya tuve con él mi segundo hijo, no trabajaba. Yo permanecía en la casa y poco a poco me iba quedando literalmente casi desnuda y con hambre. A veces no tenía qué dar de comer a mis dos hijos. Me acuerdo de las veces en que me sentaba en un rincón de la casa a llorar, porque realmente se me partía el alma al ver a mis hijos con hambre. Aún ahora, cuando me acuerdo de eso, me duele. Lo dejé. Pero de lo malo, me quedó algo muy bonito, el hijo que tuve con él, Wainer.*

Sola trató de tomar su vida en sus manos. Le costó mucho, como ella misma dice, porque se sentía débil, porque cargaba con algunas experiencias difíciles y porque se sentía abandonada. Sola, con sus hijos. Pero había algo de lo que ella estaba consciente: sabía trabajar y no le temía a ninguna labor. Recordó cómo en su infancia veía las 'platoneras', allí en El Charco. Esas mujeres hermosas que, con una batea grande en la cabeza, caminaban por las calles y vendían el pescado recién sacado del mar. Flor hizo lo mismo.

La primera vez que cargó un platón lleno de pescado sentía que el olor la mareaba. Además, no era fácil cargar cerca de quince kilos de peso en la cabeza. Pero sabía que no se podía rendir porque su futuro dependía solamente de ella, sin contar con nadie. Y cuando no se la veía con un enorme platón en la cabeza, se la veía en los andenes vendiendo coco raspado, plátano o banano. A veces no vendía, a veces vendía poco, otras veces vendía más...

*Tenía veinte años cuando, junto con mis hijos, decidí venirme de El Charco para acá, para Buenaventura.*

*Al principio viví en la casa de mi mamá, aquí, en el barrio El Porvenir. Después de un año yo me tenía que ir de allí. El marido de mi mamá, mi padrastro, me había dicho que su casa la tenía para cuidar a su hija y no hijas de otros. Entonces me fui.*

*Pagaba el arriendo vendiendo coco, banano, lo que pudiera. Durante seis años viví en un barrio ubicado por el Piñal, allí cerca del cementerio de los viejos barcos, allí donde estaba antes esa famosa empresa Bahía Cupica. En esa época sentía que la soledad me pesaba mucho y entonces me junté con otro señor, pero igual, tiempo después me dije: ¡esto tampoco es vida!*

*Nosotros dos teníamos dos casas. En una vivía yo, mis hijos y él. Y en la otra él puso a vivir a sus otras mujeres. Lo peor fue que un día me di cuenta de que la casa en la que vivía yo, mi marido la había vendido. Sin decirme nada a mí. De allí me tocó salir como a un perro, nuevamente. Conseguí plata como pude y me compré una 'mejora'. Una 'mejora' es una casita medio caída, viejita, pero a buen precio. Me dije: donde mi mamá nunca vuelvo.*

Flor no regresó nunca más a vivir con su mamá. Se puso a arreglar, paso a paso, su nueva casita. Con el tiempo iba comprando los muebles y otras cosas útiles para su hogar. Parecía que su vida iba recobrando nuevos sentidos, y así era. Un día conoció a aquel que, poco tiempo después, iba ser el papá de sus otros dos hijos.

*Sufrí muchos golpes de él. Me pegaba por verme hinchada, por verme llorar, porque le gustaba, no por otra razón. Era un mal hombre, muy malo. Mis días pasaban en esta sobrevivencia. No dejaba de pensar en el futuro de mis hijos, hasta que una vez más dije: me voy. Al menos, aún maltratada, con mis hijos, tuve fuerza y coraje para dejarlo.*

*Ni sé cuánto tiempo estuve con él. No quiero ni pensar en esto, ni recordarlo. Lo que sé es que con él tuve dos hijos y tuve que vender mi casa porque, incluso después de haberlo dejado, él me amenazaba, volvía a pegarme de nuevo.*

Y como una paradoja, por eso también Flor tuvo que vender esa casa que con tanto esfuerzo consiguió, por la que tanto luchó. Ese abandono es el fruto de una mezcla de entre coraje y desesperación, deseo de libertad que en Buenaventura sueñan muchas mujeres. Allí, la violencia contra las mujeres es un problema bastante grave y, aunque se habla poco de esto, todos lo saben. Como si golpes y humillaciones fueran normales, solamente porque son comunes, porque son mujeres.

*Tiempo después compré la casa donde vivo ahora, aquí, en El Porvenir. Y estoy con mis hijos, sin Héctor Fabio, y con un señor que me respeta mucho. Y aunque yo siempre soñé con un matrimonio bello, tranquilo, uno así de película, la vida me trató diferente. Ahora vivo con él, pero no estoy casada. No quiero casarme.*

Sí - pensó Flor – *sin Héctor Fabio*. Porque, a veces, la vida parece no tener límites. Es difícil, o imposible, incluso, entender el porqué de tantas curvas y tantos obstáculos en el camino que cada uno recorre año tras año.

Fue lunes. El 5 de mayo de 2014.

Era de noche cuando Flor estaba regresando de trabajar en una casa en el centro de la ciudad. Al llegar a su casita, abrió la puerta y, aunque cansada, se alegró al ver a Héctor Fabio dándole la bienvenida. La saludó con un “hola, mamá”, acompañado por un beso en la mejilla derecha. Viendo que su hijo estaba con prisa, porque estaba de salida, Flor le preguntó preocupada:

- “¿A dónde vas, mijo?”

Pero él estaba acompañado por dos personas más, desconocidas para su mamá, así que no le respondió nada más que:

- “Ya vuelvo, mamá.”

Así fue. La angustia de Flor disminuyó cuando vio que sí, pasado un rato, Héctor Fabio regresó, esta vez solo. En seguida él se acercó al sillón donde ella estaba sentada y le dijo:

- “Mamá, me mandaron a llamar y voy a hacer un frente de una de las casas por aquí”. Él trabajaba la madera, era un buen carpintero.
- “¡No! A esta hora ya no vayas, porque está de noche y las medidas no se toman en oscuras; ve mañana, mijo”.
- “No, mamá, tranquila, que voy a hablar con esa persona, porque me dijo que a las nueve llegara para mostrarme la casa.”

*Eran las 8.45 de la noche cuando me pidió prestado mi celular. Se lo llevó y salió. Luego vino una vez más, de prisa. Me dijo que ya lo habían llamado y que lo estaban esperando.*

*Volvió a salir. Y no volvió más.*

*A la 1.30 de la mañana le timbramos. El teléfono timbró y timbró, y nadie lo contestó. A las dos volvimos a timbrar y se fue de una al buzón.*

*Por la mañana busqué a algunos amigos, vecinos y familiares, y juntos caminamos las calles buscándolo, pero sin resultados. Nada. Después me mandaron la razón de que no lo buscara más porque nunca lo iba a encontrar.*

*Enseguida fui a la Fiscalía pidiendo que, si estaba vivo, me lo devolvieran y, si estaba muerto, que me entregaran su cuerpo. Pero esta fue la única vez que pude ir allá. Ya no pude ir más porque ese mismo día, al volver a la casa, 'ellos' ya estaban esperándome en la puerta. Me obligaron a retirar la denuncia y así me tocó quedarme con la boca callada. Ya no pude hacer más nada, pues aún tengo a mis otros hijos y debo velar por ellos. Yo no quiero que me les pase nada. Ya perdí este y no quiero perder ningún otro. Además, me queda un solo varón y, de verdad, no lo quiero perder... Que sea la voluntad de Dios. De todos modos, me toca sufrir en silencio.*

*No sé dónde está, no sé con quién se fue, no sé nada. Lo único que me mandaron a decir fue que no lo buscara porque igual nunca lo iba a encontrar. No he visto su cuerpo, pero yo sé que él está muerto. Yo soy la madre y, aunque no se lo puedo comprobar, sé que está muerto. Él sigue vivo, pero en mi corazón. De resto, no.*

*No sé por qué le hicieron esto.*

Es difícil determinar cuáles son los motivos detrás de las desapariciones en Buenaventura. Las violencias, en este lugar, son de muy distinto tipo: convergen bandas organizadas, paramilitares, guerrillas y lo que hoy se llaman los sucesores de los paramilitares. Por otro lado, un factor que promueve violencia es la presencia insuficiente, por no decir total, del Estado y los ajusticiamientos por las propias manos. ¿Cuál fue la causa y motivo de que unos hombres se llevaran a Héctor Fabio? Hoy aún no se sabe.

*Mi hijo era carpintero. Trabajaba la madera y la trabajaba muy bien. Lo llamaban mucho a hacer casas aquí en la zona, a hacer frentes. Él hacía unas cosas muy bonitas.*

*De todos mis hijos, este era mi amigo, casi como mi marido... era todo para mí; era mi confidente. Este ha sido el único de mis hijos que ha sabido mis secretos, los de mi vida privada. Todo lo que me pasaba, todo, todo se lo comentaba únicamente a él. Hablábamos como dos novios. Nos sentábamos uno al lado del otro y hablábamos. Él era un hijo muy maravilloso, de verdad*

*que sí. Era todo para mí. Mis otros hijos a veces me reclamaban, me decían que yo lo quería más a él, pero no. Simplemente él era distinto.*

*Héctor Fabio ya no está conmigo, pero aún hoy le sigo contando mis secretos. No lo tengo aquí presente, pero lo hago. Desde el día que me lo desaparecieron, yo compré un cuaderno grande, y apenas tengo tiempo por las noches, empiezo a escribir todo lo pasado y lo actual. Como si él estuviera presente. Escribo contándole todo lo que me pasa en la vida. Solamente el día en que yo deje de respirar, dejaré de contarle mis cosas a mi hijito.*

*Ahora soy otra mujer. No la misma de antes.*

*A mis hijos los crié sola. No tuve ayuda de nadie. Nunca ningún hombre regaló siquiera un bolígrafo a alguno de mis hijos. ¡Nunca! Yo traté, así como pude, como puedo, de sacar adelante a mis hijos, aunque sea con los bachilleratos.*

*Y aquí estoy. En esta casa donde ya llevo veinte años. Con dificultades, pobre, pero siempre voy pa' lante. Busco por todos lados algún trabajo, un empleo, y así ganarme unos pesos, aunque sea lavando los platos, aunque sea botando la basurita de alguna que otra casa. Hoy conozco a más personas y ellas me dan el trabajo. Yo no tengo miedo a trabajar, para nada. Ya no tengo que pagar el arriendo ni humillarme delante de nadie. Aunque mi casita esté caída, no importa. Es mía.*

Se quedó un rato sin decir nada, inmóvil, pensando en algo que solamente ella y Dios supieron. Tal vez, ahora, pensó lo que dijo Eduardo Galeano: que cada historia es una baldosita en el mosaico del tiempo. Y, como tal, entre desalientos y esperanzas, los suplicios más desgarradores y los recuerdos más bellos, entre muerte y vida, todo tiene un gran sentido.

Al mirar su pasado y su vida hasta ahora, es como si ella viera una película en la televisión: tantas imágenes, tantas sorpresas, sufrimientos; muchas experiencias. Su historia es muy triste, pues son pocos los momentos que, al recordarlos, la hacen sonreír. Pero sí, los hay. Los momentos más agradables de su vida han sido aquellos cuando a sus hijos pequeños los veía correr, esconderse... le hacían reír.

*Los niños son un amor. Creo que lo que yo no tuve, mis hijos sí lo tuvieron. A pesar de que no tenían padre.*

*Yo aún tengo unos sueños muy grandes. Quisiera ver a mis hijos bien: a los varones, organizados con las mujeres, y a mis hijas, felices con sus maridos. Y yo, vivir sola, en mi casa organizada, dedicándome a Dios y sin sentir la soledad.*

*Después de que desaparecieron a mi hijo Héctor Fabio, él volvía a la casa. Me decían que me volví loca, que tanto dolor me enfermó, pero no. Yo estoy bien y, si lo veía, era por algo. Fueron varias las veces cuando él entró, me miró y sonrió. No decía nada. A veces se acostaba a mi lado, lo veía, le hablaba... Luego, un día, se fue y nunca más volvió.*

*A menudo me siento en la cama, por las noches y, mirando la oscuridad, empiezo a pedir verlo, pero ya no viene. No más. Yo sé que sigue vivo, pero en mi corazón.*

*Lo que me da fuerza para seguir adelante son mis nietos y los hijos que tengo. Ellos crecieron y esto es un alivio grande para una madre. ¿Cuál será su futuro aquí?, no lo sé.*

Aquella tarde, Flor regresó a su casa con muchos sentimientos cruzados: ¿Había contado bien su historia? ¿Servirá para algo hablar de las injusticias de la vida? Estaba cansada de que la llamaran 'loca' solamente porque, más que nunca antes, sentía que el amor hacia su hijo era real.

Volvió a su casa con puerta renovada, se sentó en la cama, en su cuarto medio oscuro, y miró la pared. Allí, una foto enmarcada y en ella un hombre joven que viste una camisa blanca.

Mientras una lágrima se deslizaba, lentamente, por su mejilla, Flor susurró:

- *¡Ay, mijo, amor! ¡Cómo quisiera que estuvieras vivo, aquí, ahora, conmigo!*

Y todo el campo un momento  
Se queda, mudo y sombrío,  
Meditando. Suena el viento  
En los álamos del río.  
(Antonio Machado, *Voy soñando caminos*)

## **Iris**

Aquel día, el viaje duró un poco más de hora y media. En las primeras horas de la mañana, en las afueras de Buenaventura, Iris esperó a un jeep colectivo. Luego, emocionada y muy contenta, subió en él y emprendió el camino. Mientras viajaba, parecía feliz compartiendo con otras personas que se dirigían a diversos pueblos que se ubican a lo largo del antiguo, y no muy usado ya, camino hacia Cali.

Mientras más se alejaba de la ciudad, más parecía resplandecer su rostro.

*Mirá, aquí había unas casas, pero ya no hay ni rastro de esas-* dijo mostrando con la mano el lugar donde ahora se erigían algunos árboles y arbustos. - *Allí había otras y allí también.* Las casas se veían apenas, pero la selva, sí.

*-Pare, por favor-* pidió al chofer. -*Aquí es donde me quedo.*

Bajó. El lugar parecía ser solitario y apenas, unos quinientos metros adelante, se vislumbraba un caserío. Mientras más se alejaba el jeep de aquel lugar, más se lograban escuchar los sonidos de innumerables pájaros que le daban a ella la bienvenida. Y ella, parada en medio de la carretera, en medio de una hermosa selva, tenía delante una vieja casa.

*Esta era la casa de mis papás. En ese entonces esta era una gran casa, con marquesina, que no la tenía todo el mundo. Aquí estaba la cocina... todavía queda algo de ella. Y aquí el baño, el comedor y el cuarto grande de mis padres. Y los otros cinco cuartos. Y aquí atrás tenía una súper terraza próxima a la quebrada donde nosotros nos bañábamos incontables veces. Eran otros tiempos. ¡Qué triste que hoy todo esto se ve tan abandonado, tan solo!*

*Afuera había un solar muy bello. Aquí teníamos unas bancas, donde por las tardes nos sentábamos a compartir, a reír, y también una pequeña venta de revueltos, de verdura y fruta. Y la casa, en todas las paredes, tenía plantas, materas con las flores muy hermosas.*

*Aquí, en medio de tanta naturaleza, nació yo, Iris Arboleda. Esta tierra me vio nacer y guarda mi ombligo. Teníamos todo lo que era necesario para vivir bien, aquí, en Llano Bajo.*

Cuentan los mayores que, cuando llegaron a esas tierras los primeros habitantes, las llamaron El Gritadero, porque por ahí salían huyendo para que los conquistadores no les encontraran. Huían a las zonas difíciles, donde los españoles no podían acceder, por la inhospitalidad de la selva. Se sabe que primero se fueron a Gritadero. Luego, más abajo, a Cacahualito, a la Concepción y después, más adentro de la selva, organizaron los pobladores una comunidad. Entre todos decidieron que de aquel sitio ya no se iban a mudar más, que ya no querían seguir huyendo. Por esto decían: “Ya no bajo” y así ese pueblo se llama Llano Bajo. Cuánto de verdad tiene esta historia, no se sabe, pero es lo que cuentan los mayores.

Llano Bajo es una de las trece veredas de la cuenca del río Anchicayá, que, a su vez, es uno de los nueve grandes ríos que tiene el distrito de Buenaventura.

*Nací aquí, en una familia extensa. Tengo ocho hermanos: tres mujeres y cinco hombres. Yo soy la quinta. Mi familia era una familia muy feliz, gracias a Dios. Recuerdo que de niña me gustaba mucho la naturaleza, bañarme en el río, mirar los animales, las plantas. Degustar ricos sabores de caimito, guama, aguacate, coco o borjón. Siempre estaba curiosa por el poder que tienen las plantas de curar las enfermedades. Y casi a diario bajábamos al río y con ‘katanga’ cogíamos el pescado fresquito. ‘Katanga’ es una trampa hecha en forma de una caja, de bejuco, que atrapa y no deja que ningún pez se escape.*

Mientras iba creciendo, a Irir le inquietaba la difícil realidad de educación de los niños que veía en su entorno. A pesar de su poca edad, soñaba con hacer algo en este tema. Sabía que un día abriría una escuela donde todos los niños pudieran estudiar. Y estudiar bien. Ella no se contentaba con la tradición de

que los varones sí podían estudiar cuanto podían o querían, mientras que las niñas no tenían esta opción. Y en la medida en que iba creciendo, entendía más y más la importancia de la educación para el futuro de aquellos territorios. Sentía que le acompañaba el espíritu y el pensamiento de Gerardo Valencia Cano, un hombre que en su tiempo, verdaderamente, amó ese pueblo. Él decía: “Buenaventura saldrá adelante si sus hombres y sus mujeres toman las riendas; cuando sean ellos los artífices de su propio desarrollo”. Eso era lo que Iris soñaba.

Pasaba el tiempo y, un día, llegó a Llano Bajo la Fundación Herencia Verde. Es una ONG ambientalista dedicada a la lucha de la defensa de la naturaleza. Iban a las comunidades y, con sus talleres, enseñaban que los recursos naturales en algún momento se iban a terminar. Gestionaban los proyectos y los desarrollaban con la gente. Desde 1989 han trabajado en el Bajo Anchicayá en procesos de investigación sobre la biodiversidad de aquel lugar y desde los años noventa su actividad se centró en la construcción y preservación de territorios colectivos de las comunidades afro, en el marco de la Ley 70.

*Fue la gente de esta organización la que me empujó, la que me hizo consciente del valor de la naturaleza, de las plantas y de nuestras tradiciones. Porque para mí el tema de las plantas no era nada nuevo. Mi abuelo paterno era curandero. Los hermanos de mi abuelo también eran curanderos y mi bisabuelo también lo era. En mi familia, en los casos de alguna enfermedad o dolor, siempre se iba primero a las plantas y luego, si el mal no se iba, la persona acudía al médico en la ciudad.*

Durante casi quinientos años los mayores que vivían en las tierras del Pacífico aprendieron a conocer las plantas medicinales que había en la selva. Muchos de estos conocimientos fueron traídos directamente desde África; otros los aprendieron de los indígenas que poblaban el territorio. Hoy, muchos de estos conocimientos se han ido perdiendo porque la medicina occidental está en su auge. Pero hay aún personas que luchan para que los antiguos conocimientos no desaparezcan junto con los curanderos y remedieros mayores.

*Un día, recuerdo, mi tío me comentó que la Fundación invitó a un médico a dar un taller sobre las plantas medicinales. El taller estaba destinado a los promotores de salud. Yo participé y, a pesar de no ser, entonces, promotora de salud, resulté ser la más conocedora de las plantas.*

*Y así, poco a poco me enganché y me formé con Herencia Verde. Hice en mi casa dos jardines con las plantas medicinales. Preguntaba sobre sus poderes a mis abuelos, a los mayores, a las parteras, personas que sabían algo de plantas, y hacía registros. Y al final quedé como la promotora en etnomedicina, en la Fundación, cosa que me encantaba.*

Mientras trabajaba, Iris terminó el bachillerato e hizo una capacitación como maestra normalista para las zonas rurales. Esto le ayudó a desarrollar, entre otras habilidades, la facilidad de llegar al público y de escribir. En fin, le ayudó a lograr su sueño de iniciar la escuelita en su vereda. Consiguió un edificio, donde todos los niños y las niñas iban a estudiar. Y la gente estaba agradecida con Iris, porque poco a poco todos entendían que el estudio era fundamental para el futuro de su tierra. Todo iba bien hasta el día en que ocurrieron los hechos que los habitantes de Llano Bajo nunca pidieron vivir.

*Mis sueños se cortaron cuando me tocó abandonar Anchicayá el 11 de mayo del año 2000, día en que ‘ellos’ hicieron la primera masacre en mi río.*

En la madrugada, un grupo invadió el territorio. Los pobladores, en pocos instantes, se llenaron de un colosal miedo al escuchar los gritos de más o menos ochenta hombres mientras bajaban de los camiones, todos ‘ellos’ uniformados, con armas en las manos. Caminaron por el pueblo y, pasado poco tiempo, se escucharon los tiros. Ese día asesinaron a doce personas: todos campesinos, hombres trabajadores, muy buenos. A otras cinco se las llevaron y hoy son desaparecidas. ‘Ellos’ se identificaron como Autodefensas Bloques Calima y Pacífico.

*“Nosotros sabemos quiénes de ustedes, malparidos, son unos subversivos, colaboradores de la ‘jueputa’ guerrilla”, gritaban algunos de ‘ellos’, mientras saqueaban las casas y quemaban otras. Igual fue en Zabaletas, Aguas Claras,*

Bellavista, La Cascada y también en Llano Bajo. Hicieron todo esto, a pesar de que había varios retenes militares en el camino que 'ellos' tenían que pasar.

*A varios de los que asesinaron ese día, los conocía. Todos nos conocíamos. Después de esta masacre mucha gente salió, por miedo, hacía Buenaventura. Recuerdo que durante algunos días grandes cantidades de personas caminaron, a pie, hacia la ciudad. Decían que los que se marcharon entonces fueron unos 300. Recuerdo que mientras caminábamos, porque también yo salí con mi gente, me sorprendía ver que de otras veredas se desplazaban igualmente muchas personas. Luego supe que hubo más masacres. Solo del corregimiento de San José de Anchicayá, cerca de 600 habitantes emprendieron el éxodo hacia el Puerto. Días más tarde ya se hablaba de 1600 desplazados.*

Algunos se quedaron porque, a pesar de todo, no querían abandonar su tierra. Se quedaron en medio de las casas pintadas con letreros dirigidos contra supuestos colaboradores de la guerrilla, en medio del miedo.

Antes de finalizar el mes de mayo, el número de los desplazados de aquella zona llegó a 3200, según el censo realizado por la Cruz Roja y el Comité Municipal para la Atención a Desplazados.

*Cuando llegué a Buenaventura, estaba totalmente desubicada. Además, con mucho miedo. Cada vez que veía a un hombre blanco en una moto, temblaba de miedo, porque lo asociaba con aquellos asesinos que invadieron mi pueblo. Sentía que me estaba persiguiendo. Durante muchas noches me despertaba con la imagen de mis amigos, mis vecinos muertos.*

*Y cuando salía a la calle, repetidas veces escuchaba: "¡Es que del retén pa'llá todos ustedes son unos guerrilleros y por su culpa estamos así todos!"*

*Después de la masacre, me di cuenta de que la situación de la mujer aquí en el Pacífico no es fácil, pero, paradójicamente, somos nosotras las que empujamos adelante los procesos. Se dice que nosotras somos el sexo débil, que somos vulnerables. Pero no, a nosotras nos vulneran, que es otra cosa. Nosotras somos unas berracas. A nosotras, las mujeres del Pacífico, nos marca mucho*

*lo cultural. Nuestra cultura la ponemos por delante adonde vayamos. También nuestras tradiciones. Hay cosas que la mujer negra trabaja con el corazón. Por ejemplo, para nosotras el valor de la palabra es muy significativo. La palabra es un sello. La solidaridad de la comunidad negra es increíble. Uno puede contar con el otro. Aunque ahora, en esta guerra, la cosa ha ido cambiando: hay más desconfianza. Muchos lazos se han roto, lastimosamente.*

*Después del desplazamiento, muchas personas salieron del territorio. Pero tiempo después muchos, sobre todo los mayores, regresaron, a pesar del peligro, pues decían que mejor era morir con dignidad a vivir humillados en la ciudad, como mendigos. Y entendí que los desplazados son una molestia para aquellos que nunca sufrieron este flagelo. Por motivo de varios retornos, en el 2003 se produjo otra masacre. Y dos años más tarde, otra.*

Ahora, quince años después de lo ocurrido, sentada en una vieja banca, en la fachada de la antigua casa de sus papás, Iris mira el horizonte, como si buscara algo en el aire, en la carretera. Pareciera que sus pensamientos recorrieran las revueltas aguas del río cuyo sonido se logra escuchar.

*Aquí, en el campo, en Anchicayá, yo soy Iris, la hija de don Diomedes y doña Melania. No soy una cualquiera. Allí, en la ciudad, éramos, somos, los desplazados. Allí ni mi papá es un 'don', ni mi mamá es una 'doña'. Y yo tampoco soy la hija de ellos. Todos, los del campo, somos allí unos desplazados.*

*Además, nos dimos cuenta de que en Buenaventura tampoco había paz. Allí también mataban.*

*Con el tiempo, entendí que la violencia, en el Pacífico, no es gratis. No es porque nosotros seamos malos o lo que sea. La guerra aquí es por el territorio. Las multinacionales saben, y el gobierno también, que aquí los suelos son muy buenos, llenos de minerales, de agua... Entonces nos desplazan, nos matan. Poco tiempo después de que nos fuimos, llegaron las empresas, llegó la minería a excavar, a buscar y sacar nuestra riqueza. Y, junto con la minería, llegaron muchos vicios: llegó la prostitución, llegó la droga, la borrachera... los*

*jóvenes dejaron de escuchar el currulao y andan cantando el reggaetón, porque esas otras cosas “son de los negros”, son de los viejos.*

Ese es el ejemplo de Zaragoza, uno de los pueblos de Anchicayá. Después de los desplazamientos, metieron unas 250 retroexcavadoras, allí, en el río Dagua. Ahí no llegó ni Ministerio de Ambiente, ni la competencia local. Porque a los que se metían a competir, los desplazaban, los amenazaban, los desaparecían. A los líderes, los asesinaban.

*Y ‘ellos’ siempre justifican las muertes diciendo: “Este fue un paramilitar.” Y era un campesino. “Este era un guerrillero.” Y era un pescador. “Esta fue una puta.” Y era una mamá y esposa. Solo que era una líder.*

*‘Ellos’ justifican las muertes y, cuando no lo hacen ‘ellos’, lo hace la sociedad diciendo: “Es que por algo fue.”*

*Un día me dije: ¡basta! No puedo seguir así. Debo hacer algo distinto a tener solamente miedo. Viendo la realidad y lo que se venía, sentía que debía seguir estudiando, capacitándome, para ser más y mejor preparada. Ya había sido bachiller, ya había hecho la capacitación como promotora de salud, pero, aunque quería seguir estudiando, no tenía dinero. La universidad era para mí como algo inalcanzable, un sueño más. Pero nunca dejé de decirme: “voy a lograrlo; estudiaré.”*

Le ayudó mucho leer a Pablo Freire, ese educador brasileño. Aunque suene increíble, Iris, una chica de Anchicayá, leyó los libros de Freire y, entre ellos, el que le dio más luces para su lucha y su caminar fue “A la luz del oprimido”. Le gustó cómo el autor hacía referencia a la educación popular, los procesos del trabajo en la calle, con la gente común. Y sentía que lo que escribió ese gran hombre era lo mismo que ella veía en los territorios. A pesar de que pasaron ya unos cuantos años desde que leyó por primera vez este libro, aún recuerda una frase que la marcó mucho: “la educación es la puerta para que el hijo del campesino pueda hablar con el hijo del rico.” Y se dijo: ¿por qué una chica de Anchicayá no puede sentarse al lado de una chica de Bogotá u otro lugar del mundo? Soñaba.

*Pensando en posibilidades, recordé un día que tenía contactos con la fundación que estaba tiempo atrás en Anchicayá. Los llamé y ellos me ayudaron. Estaba feliz porque, durante un año, trabajé en los proyectos con los Awa en Nariño. Luego también en Ecuador y, al volver, empecé a trabajar con el Sistema Nacional de Parques, aquí en Buenaventura.*

Mientras tanto, los consejos comunitarios y las organizaciones étnicoterritoriales empezaron a solicitar que los derechos a este territorio fueran reconocidos por INCORA, hoy Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, INCODER. El problema fue que, según las autoridades, no se podían reconocer estos territorios tal como lo querían los pobladores, porque allí mismo había un parque nacional. Muchos, al escucharlo, se sorprendieron cuando se enteraron de que, sin saber cuándo y cómo, el territorio que ancestralmente les pertenecía ahora resultó que tenía otro dueño.

*Dicen ‘ellos’ que Buenaventura es una reserva biodiversa. Para las comunidades sí hay restricciones, pero todo el desarrollo portuario no tiene límites. Dicen que en la zona urbana los programas de vivienda no se pueden hacer porque son zonas de alto riesgo. Pero a estas zonas de “alto riesgo” vienen las multinacionales, se asientan, construyen y ahí no hay problema. Ahí está la paradoja de nuestra tierra.*

*Así, junto con un grupo de colegas, decidimos luchar por nuestro territorio, pues sabíamos que a nuestro favor teníamos la Ley 70, ley de las comunidades negras. Sabíamos que era posible expedir los títulos colectivos que reconocieran legalmente nuestros territorios. Para nosotros, las comunidades negras, los territorios de los ríos son sagrados; no se pueden tocar porque sí, pues, si se hacen las prácticas no amigables con el ambiente, se seca el agua y en el agua está la vida.*

*Empezamos a hacer el relacionamiento entre el Parque, los consejos comunitarios y los cabildos indígenas. Fue un trabajo hermoso. Estuve allí cinco años y medio, pero, por cosas de la vida, me retiré. Aunque el problema sigue, lo bonito es que el trabajo y la lucha también siguen.*

Cuando se retiró del proyecto, decidió seguir estudiando. Así, sabiendo ya lo que quería hacer en adelante, lo primero que hizo fue un diplomado en derechos humanos. Después de terminarlo, Iris fue escogida para colaborar en calidad de tutora para este diplomado en otros lugares. Era lo que ella soñaba: ser profesora, pero en la zona rural, para estar con su gente, para volver a su territorio. Antes de iniciar el trabajo como tal, fue enviada a capacitarse a Bogotá y, una vez allí, se metió en el tema de transformación pacífica de conflictos. Aunque no sabía si era capaz de trabajar en esta área, poco a poco le fue gustando cada vez más.

*Resulta que había una red de alemanes que llevaba personas a capacitarse en el tema de transformación pacífica de conflictos a Alemania. Uno de mis profesores en Bogotá puso mi candidatura para esta beca y sí: ¡me escogieron! ¡Cuán feliz me sentía! No me lo creía, pero tenía muchas, muchísimas ganas de aprender para luego volver al territorio. Yo no hablaba inglés; alemán, menos, pero yo quería ir.*

*Así, en el 2004, me fui a Alemania. Siento que esto era un punto clave para que yo arrancara. Fue un empujón.*

*Allí, en Berlín, me encontré con muchas personas de diferentes países que venían por lo mismo que yo: aprender más en el tema del conflicto y la paz. Me sorprendió saber que había personas interesadas en este tema de otros lugares, pues significaba que la guerra no solamente la vivíamos nosotros. Uniendo los conocimientos, las experiencias, podíamos ayudarnos los unos a los otros. Lo curioso fue que todos allí eran profesionales, menos yo. Yo era bachiller. A la hora de presentarse, todo el mundo sacaba sus títulos y, cuando me tocaba, yo decía: “yo soy Iris Arboleda, de Anchicayá.” Esta experiencia me generó una necesidad. Tenía mi dignidad y no me sentía para nada menos. Pero sí quería seguir estudiando.*

*Un día me di cuenta de que nuestros capacitadores, allí en Alemania, eran personas del Instituto Pablo Freire. Y yo pensé entonces: ¡qué increíbles son las cosas, pues de cierta manera fue Freire quien me empujó a este trabajo! Dios tiene preparadas muchas sorpresas para mí.*

*Después de volver de Alemania, seguía con la beca. En el territorio, en los ríos, trabajé con muchos jóvenes interesados por el futuro de su tierra. Y hoy, pasados diez años, muchos de ellos están en las juntas directivas de los consejos comunitarios. Allí se ve la cadena de efectos de trabajar la temática con las comunidades. Trabajé y, más que una labor, fue un enorme gusto y felicidad poder estar en mi tierra, con mi gente.*

*Terminado un año, todos los becados nos volvimos a encontrar. Y como yo les hablaba tanto de mi Anchicayá, el lugar escogido para el encuentro fue Colombia. Pero no fue ni Bogotá, ni Cali. Fue Buenaventura.*

Así, pues, se fueron los alemanes para Anchicayá. Esto provocó que varias personas en la región escucharan de Iris, quién era y qué hacía. ¿Cómo era posible que una mujer llevara a unos extranjeros al río que era considerado 'Zona Roja'?

*Organizamos una lancha y nos fuimos, desde Buenaventura hasta nuestros pueblos, por el mar. ¡Fue increíble! Quienes estaban observaban cada detalle del viaje. Todo les parecía nuevo, diferente, increíble. En una lancha entramos desde la desembocadura del río Anchicayá y así fuimos hasta una de nuestras veredas, San Marcos, donde hicimos un gran encuentro con la gente de diferentes comunidades. Fue muy hermoso, porque, por un lado, les mostré a mis compañeros de dónde salí yo, les mostré esa fuerza de la naturaleza de nuestra selva; les mostré nuestros valores y, sobre todo, el trabajo que estaba haciendo.*

Terminada la beca, Iris, más fuerte que nunca, sentía la necesidad de seguir capacitándose. Desde hacía años tenía un sueño prohibido, irrealizable: ir a la universidad. Y, tal vez por suerte, tal vez por bendición de Dios o gracias a su perseverancia, obtuvo la beca para estudiar en el Instituto Misionero de Antropología, en Medellín. Esta es la universidad creada por la Iglesia Católica, pensando inicialmente en los indígenas y, luego, para las comunidades negras y personas mestizas. En enero del año 2005 viajó a Medellín. Brincaba de alegría, de felicidad, pues, para ella, una chica de Anchicayá, era realmente un sueño hecho realidad.

La beca le cubría un cierto porcentaje de la matrícula. Como tutora, Iris ganaba algo también. Pero, de todos modos, no le alcanzaba. Y aquí es donde cobraron importancia las frutas de su tierra. No tenía dinero, pero sí frutas. Y tiempo atrás había aprendido con Herencia Verde que las frutas se podían transformar.

*Compré los frascos. Unos amigos me ayudaron a preparar las etiquetas y yo pensé el nombre: “Conserva del Pacífico La Calentura.” El refrán que compuse, que me ayudó mucho también, fue el siguiente: “Con chontaduro, hijo seguro. Con borojó, los hijos son dos. Con coronillo, le da movimiento en el tornillo. Y con el lulo, le da movimiento en el... cuerpo”.*

*Siempre cuando iba al Instituto llevaba las cajas de mermelada a la Universidad y allí, con el permiso del Decano, las vendía. Cuando salíamos al descanso, alistaba mi mesita, ponía allí mis productos de varios colores y los vendía.*

*También vendía el arrechón, que es el biche mezclado con borojó y canela. Mucha gente me colaboraba, y más aún cuando les contaba la historia de Anchicayá, de los proyectos ambientales y de las plantas medicinales de allí. Yo simplemente les contaba a todos cosas que hacía y que veía. A través de estas ventas pude sostenerme en Medellín once semestres y, finalmente, en el año 2010, me gradué. Obtuve mi título de licenciada en Etnoeducación en la Universidad Bolivariana, y en el Instituto, el título de antropóloga social aplicada.*

*El tema de mi trabajo de grado no podía ser otro que la medicina natural. Me preguntaba por la subvaloración de las plantas medicinales, campo que yo quiero mucho, que me interesa y que yo practico con frecuencia. Vivir en el Pacífico y olvidar las plantas medicinales sería imperdonable.*

Este trabajo fue escogido como el mejor de todos y, gracias a esta distinción, obtuvo el cupo para hacer una especialización. Otro sueño que aún no soñaba se hizo realidad. Y sí, en enero del año 2011, inició la especialización en gestión del talento humano, y un año y medio después se graduó.

Hasta el momento, Iris nunca ha parado de estudiar, de prepararse, de buscar los trabajos que sean para la mejoría de sus coterráneos, su gente y sus tierras.

*Y aquí estamos. Ahora, después de todos estos años, solamente de vez en cuando puedo volver aquí, a Llano Bajo.*

*Mirá, aquí hay un palo de guayaba que nosotros sembramos. Y uno de anón. Ver esto me da mucha alegría, pero también me causa mucha tristeza, porque nosotros ya no estamos aquí. Y, aunque regresar es una de mis metas, esto no es fácil.*

*Allí en la loma teníamos también los cultivos. Mucho bacao, que también se está perdiendo. Más arriba íbamos a buscar oro. Allí hay un oro rojizo, 'saltón', como lo llama mi mamá. Pero nosotros practicábamos la minería artesanal: con pica y batea. Era una minería sostenible, no hacía daño ni al ambiente ni a ninguno de nosotros. Era para vivir diario, no para acumular.*

*Algo muy significativo que hay aquí, en frente de la casa de mis padres, es donde nosotros cogíamos el agua. Teníamos aquí hecho un pozo del que a diario tomábamos el agua limpia, fresca.*

Señalando con su mano hacia arriba de la montaña que está en frente de su casa, dice: *Aquella fuente de agua era la que sostenía a toda la familia. Y todas las familias tenían una fuente de agua.* Su voz se quiebra y deja de hablar.

Con una mirada profunda dirigida hacia el interior de la antigua casa de sus papás, no pudo dejar de recordar a su familia. Situaciones alegres, bonitas y tristes. Y pensando en cada una de las personas de su infancia, recordó a su hermano, cuyo hijo, en el 2008, viajó a Satinga, cerca de Tumaco. Fue allí para trabajar. Le dijeron que allí era mejor y unas cuantas mentiras más. A los tres días de haber llegado, los paramilitares lo asesinaron, pensando que era uno del bando opuesto. Era solo un joven y ahora es un joven asesinado más. Su papá, el hermano de Iris, sufrió mucho por esto. Se enfermó y murió de tristeza.

Recuerdos que se quedan de los seres que se van.

*Y mi casita, aquí, al lado. Era una casa de madera y todos en la región la conocían como “la casa de salud”, “la casa de la vida”. Fue una casa muy bella, pero después del desplazamiento se fue deteriorando poco a poco, y al final se cayó. Tenía un lago no muy grande, y un poco más allá, otro también. Es que nosotros aquí producíamos todo. Fruta, verdura, grano, animales. Teníamos aquí la vida completa. Y ahora en Buenaventura, pagando por un banano, por el agua... por todo.*

*Ya no queda nada, solo recuerdos - dijo Iris con una voz silenciada y llena de nostalgia. Mientras camina por los terrenos de lo que antes era su finca, mirando cómo los años iban cambiando, la geografía de ese lugar regresa a su mente, al pasado que aún hoy resuena fuerte en todo lo que ella es. Y unas lágrimas ruedan hasta al suelo.*

*Tengo tres hijos, todos son un encanto: Dos, Maikol Mauricio y David Fernando, nacieron de mis entrañas. Maikol esta muy aterrizado por la realidad en la que vivimos. Estudia antropología y le gusta el trabajo con las comunidades. David, en cambio, es un músico. Le gusta el ritmo, le gusta cantar y, sí, tiene talento. El tercero, Leonardo, lo adopté y ahora es también mi hijo. Un día, durante una visita domiciliaria, encontré a una madre soltera con doce niños. Todos estaban aguantando hambre. De estos doce, pudimos ubicar, en mi familia, cinco. Queremos que los niños puedan estudiar, puedan vivir y, cuando crezcan, puedan ayudar a otros, tal vez como ellos, en el futuro.*

*Cuando puede, a los tres los lleva a las comunidades. Ellos ya conocen Anchicayá y también los problemas que allí se viven. Aprenden mucho, como ellos mismos dicen, “cuando participan en los consejos comunitarios.”*

*Me dio mucha tristeza una vez cuando vi que los militares cogieron este lugar, enfrente de mi casita, como su retén. Por todas partes estaban los soldados y nadie se sentía seguro. Después de que mi casa fuera un lugar de vida, de salud, pasó a ser un lugar de combate. ¡Cuánta tristeza!*

*En este conflicto armado, el desplazamiento ha hecho daño irreversible a muchas familias. Y tal vez los actores armados nunca se han detenido a pensar que, en el Pacífico, realmente hay muchos proyectos de vida. Proyectos que,*

con el desplazamiento, con las masacres, con la violencia, se han ido desvaneciendo, desmembrando.

*Pese a todo, yo siento que tengo un gran compromiso. Pero no solo aquí, porque hoy Iris no es solamente de Anchicayá: soy de Naya, de Jurumangui, de Calima, de San Juan y de otras comunidades, tanto indígenas como negras. Hoy, con toda la preparación que adquirí, tengo un gran compromiso con el Pacífico y, si Dios me dio esta posibilidad, es porque Él quiere que esté con mi gente, con mi pueblo.*

Hoy, todos sus conocimientos los está poniendo al servicio de las comunidades. Tiene el trabajo que le gusta, que disfruta, y su meta es volver a vivir en Anchicayá. Regresar y estar de nuevo allí. Y cuando le preguntan de dónde saca tanta fuerza, ella, sonriente y con un tono cálido, siempre responde que es la fuerza de la naturaleza de Anchicayá.

*Soy Iris, la palenquera de Anchicayá, y soy como es mi tierra - dice mientras recoge su morral, se acerca a la carretera y, antes de subir al jeep que la llevará de regreso a Buenaventura, mira una vez más al lugar donde antes estaba su casa, sus dos jardines con plantas medicinales y su huerta.*

- *Un día regresaré, yo sé que sí.*

## EPÍLOGO

Pese a todo este dolor, a todos estos gritos en los que viven sumergidas nuestras compañeras, nuestras hermanas, decimos - y también yo me atrevo a decir - que hay posibilidades y que todavía hay una ventanita: la esperanza. Soñamos que nuestros territorios puedan estar un día en paz. Soñamos que todos nuestros jóvenes no se pierdan. Soñamos que cuando comamos un pedazo de plátano no sea con lágrimas. Soñamos todavía ver correr el río; soñamos ver el mar limpio y no contaminado, como está ahora. Soñamos caminar el campo sin miedo. Soñamos caminar las calles tranquilas. Soñamos salir de noche a mirar la luna sin miedo que es... la oscuridad. Soñamos pasar cada puente y cada trecho de nuestros esteros. ¡Libres! Ahora no solo se es pobre, sino que se vive en el terror y en el miedo. ¡Esto es terror! Pero, pese a todo, aún cantamos, reímos, danzamos. Hay fuerza en estos territorios y el pueblo que allí vive se resiste a quedarse en el olvido. Hay muchas iniciativas, pues preferimos pensar en este mundo de oportunidades a sentarnos a llorar nuestros muertos, quedarnos arrinconados, quedarnos a vivir como muertos.

A pesar de todo lo que está pasando, debemos luchar para que el Pacífico sea lo que es: firme, fuerte... pero pacífico. Y que estas fuerzas oscuras que se acumulan y se mueven en el territorio desaparezcan y se haga justicia para todos.

Hay gente muy linda que, pese a todo lo que han sufrido, siguen como una telaraña tejiendo y siguen siendo luz en medio de las tinieblas. Nosotros no tenemos miedo a la muerte, nuestra hermana. Tememos maneras de cómo ella se da, como está ocurriendo. Esta es otra cosa.

Aura Dalia Caicedo